

GÖLGOTA

CRÓNICA 2023



Cada gota cuenta, cada gota importa

El **agua** es un recurso natural
muy valioso, consume **con**
responsabilidad

#TransformamoselPlanetaAgua

 **emasagra**

[@emasagra](#) [emasagra.es](#)



GÖLGÖTA

CRÓNICA 2023



Una publicación oficial de la Real Federación de
Hermandades y Cofradías de Semana Santa de Granada



JMG



GÓLGOTA N° 79 - MAYO 2023

P.V.P. - 5€

EQUIPO



PRESIDENTE

Armando Javier Ortiz García

DIRECTOR

Sergio Ortega Almendros

COORDINADOR

Carlos Acal Romero

CONSEJO DE REDACCIÓN

Álvaro Ramos Ruiz

Antonio Padial Bailón

Carolina Fernández Herrera

Cecilio Cabello Velasco

Eduardo Iáñez Pareja

José Antonio Díaz Gómez

Manuel Lirola García

Miguel Luis López-Guadalupe Muñoz

Pablo González Sánchez

COLABORADORES GRÁFICOS

Jose Valverde Ríos (coord.) (JVR)

Alba Fernández Rodríguez (AFR)

Alberto Ortega Erena (AOE)

Antonio Orantes Suárez (AOS)

Jorge Fernández Álvarez (JFA)

Jose Antonio Murcia García-Carpintero (JMG)

Jose Castro Moreno (JCM)

Jose Velasco Fernández (JVF)

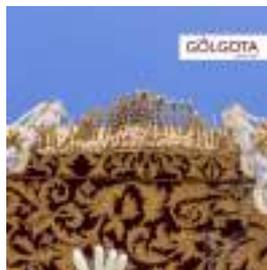
Luis Eduardo Iáñez García (LIG)

Luis Javier Quesada Raya (LQR)

Mario Callejas Ruiz (MCR)

Ona Flores Alonso (OFA)

Raúl Gutiérrez Manrique (RGM)



PORTADA

Antonio Orantes Suárez

DISEÑO Y MAQUETACIÓN

Luis Gallas Martínez

Luis Eduardo Iáñez García

EDITA

Real Federación de Hermandades y Cofradías
de Semana Santa de Granada

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de los Lobos 12, Centro Ágora

958.804.997 / www.hermandadesdegranada.com

Sugerencias y suscripciones en:

info@hermandadesdegranada.com

DEPÓSITO LEGAL

GR/195-1994

ISSN

1887-5009

IMPRESIÓN

Impresiones Nazarí (Granada)

AGRADECIMIENTOS

Excmo. Ayuntamiento de Granada / Emasagra
/ Metropolitano de Granada



@Fedcofrgr



federacioncof

www.hermandadesdegranada.com



SUMARIO

CRONISTA	11
EDITORIAL	13
· CRÓNICA ·	
HACIENDO MEMORIA	17
LA GRACIA DE LAS VÍSPERAS	21
EL SUEÑO DE LOS DESPIERTOS: OCHO DÍAS DE PASIÓN	29
A los pies de San Andrés	31
La mirada del nazareno	45
Cuatro ases de la baraja	55
Lo bello sobre lo bello	65
La Granada inmortal	75
La noche del Parasceve	85
Ella	95
El Dios de la vida	101
LA OTRA SEMANA SANTA	109
La Iglesia es mujer	109
El tercer golpe de martillo	113
La imagen de la devoción	117
A modo de conteo: ¿el tamaño verdaderamente importa?	121
La Semana Santa escrita sobre un pentagrama	129
EL HABER Y EL DEBE DE LA SEMANA SANTA	137
La búsqueda de la excelencia	139
Los agentes de la ley	143
Mi, me, conmigo	147
ALFA Y OMEGA	151









CRONISTA

Procedente de su Tarragona natal, llegó a Granada hace unos años David García Trigueros, y encontró una cálida acogida en el mundo de nuestras cofradías y hermandades. Acogida que ha correspondido con una intensa implicación al menos en tres ámbitos destacados.

En primer lugar, el propio servicio a nuestras cofradías, tanto de penitencia como de gloria, con el entusiasmo que le caracteriza; en la actualidad es secretario de la Hermandad Sacramental del Santísimo Cristo de San Agustín. Y, desde luego, se implica siempre que es llamado a escribir, estudiar o declamar por cofradías de las diócesis de Granada y de Guadix, las que conoce bien, o de otros lugares de la geografía española.

En segundo lugar, el estudio de nuestras tradiciones cofrades, con rigor científico, que no está reñido con su pasión por la piedad popular. Licenciado en Historia del Arte por la Universidad de Granada, realiza en la actualidad en ella sus estudios de Doctorado. Es asimismo miembro del Centro de Estudios Pedro Suárez y del Centro de Estudios Históricos de Granada y su Reino. Ha presentado su investigación científica en foros diversos de la UNED y de la UGR (colaborando con el Grupo de Investigación HUM-985, Universidad, escuela y Sociedad-Ciencias Sociales), entre otras universidades, así como el Simposio de la Semana Santa o el proyecto de investigación del Centro de Estudios Andaluces sobre historia cofrade granadina.

En tercer lugar, la divulgación de los valores históricos y artísticos de nuestras hermandades y en particular de la Semana Santa, lo que ha desplegado en él un firme y serio compromiso con la difusión cofrade. Destaca en este campo como colaborador y productor de SER Cofrade y de Pasión por Granada (2009 a 2020), así como responsable de contenidos de Semana Santa del diario "Granada Hoy", desde el año 2017.

Y sabe unir además su labor docente en las tan granadinas Escuelas del Ave María, como profesor de Geografía Historia. Avals todos ellos sobrados para ser distinguido por la Real Federación de Cofradías como cronista Oficial de la Semana Santa de Granada.



LIG



EDITORIAL

Este número es la demostración de la nueva configuración identitaria de GÓLGOTA, una publicación que queremos sea el punto de referencia para los cofrades granadinos. Vuelve CRÓNICA, así era como se nombró, en épocas anteriores, al número posterior a la Semana Santa. Y, aunque tenía una idea diferente, el objetivo era el mismo: hablar de lo ocurrido y dejar constancia de ello. Nosotros, manteniendo esa idea, hemos querido ofrecerle a Granada algo más que un texto, y a los cofrades algo más que un resumen. Por ello la decisión de elegir a David García Trigueros y su capacidad para crear un texto literario que hiciera leer lo vivido e imaginar lo leído, un texto que dejar a Granada para entender la importancia de nuestra Semana Santa para la historia de la ciudad, convirtiendo esta publicación en lugar de encuentro para aquellos que quieran conocernos ahora o en cualquier momento futuro.

La importancia de la elección no se alberga solo en el cronista, sino que también hemos puesto el mismo cuidado en elegir las imágenes que acompañan las vivencias escritas. El maravilloso trabajo que los fotógrafos de nuestra ciudad realizan es el complemento y esencia perfectos. Hemos recogido todas las miradas, perspectivas y enfoques que, a nuestro entender, son los mismos que nuestros ojos realizan cuando estamos en la calle disfrutando de la Semana Santa: ese punto de ir más allá, donde el detalle se hace protagonista, donde lo casual se marca en nuestra retina para generar un estado, donde todo es bello e inolvidable.

Esta lectura no es pasajera. GÓLGOTA CRÓNICA ha sido hecho para que su lectura nunca tenga fecha de caducidad. David García ha generado un texto histórico y ameno, que puede recuperarse en cualquier momento y que siempre traslada al 2023; un texto que destaca por su facilidad para transmitir momentos y por hacernos partícipes de lo relatado hasta el punto de provocar en sí mismo una vivencia. El recorrido realizado desde la Cuaresma por su autor y por los objetivos de los fotógrafos ha permitido que este sea el broche a la espléndida Semana Santa de 2023.



JMG





JMG



HACIENDO MEMORIA

Salvo Dios, que es ilimitado e infinito, todo tiene un principio y un final. Lo tienen ustedes, lo tengo yo. Lo tenemos todos, y todo cuanto de nosotros sale. Y así nuestra Semana Santa, la de este año 2023, aun con una vocación de eternidad, teñida de inmutables costumbres e inmarcesibles estampas, de una pretendida divinidad en la espiritualidad y la sacralidad, vino tan pronto como se fue. Con sus ocho días y sus ocho noches descolgándose fugaces del calendario.

Vino la Semana Santa con las alforjas repletas de ilusiones renovadas. Aquellas que prometían dejar a un lado el metro y medio de distancia, el hisopo incrustado en la nariz antes de calzarse el costal y el no poder estar hacinados en la capilla, la iglesia, la casa de hermandad viendo salir desde dentro la cruz de guía. Una semana sin miedos ni recelos, sin temor al que se te acercó de más sin la mascarilla puesta, sin miradas confundidas al que te estornudó o tosió encima sin taparse el hocico.

Se venía pronta, fugaz, esa semana que, como una vez dijera el pregonero, cuenta el tiempo al revés. Ese hebdomadario único e irrepitible, sin par entre todos con los que cuenta el año. El que te echa a la calle a recorrer la ciudad, aunque tu cuerpo no responda;



el que te permite subir cuestras y empedrados que la pereza no consiente recorrer el resto del tiempo; el que te espolea los sentidos y te levanta de la cama aunque tus pies, tu cuerpo y tu alma ya no respondan por el cansancio acumulado.

Esa semana que llama a la costumbre y al recuerdo. A buscar ese enclavamiento único donde, año tras año, gusta ver a la cofradía pasar. Porque has descubierto en ese instante un trocito de paraíso abierto a tus ojos, que te deleita y te embriaga los sentidos; porque es allí donde recuerdas a quien ya no está y junto a quien naciste al mundo de las cofradías; porque es en ese lugar y no en otro donde, junto a quien comparte el sino de tus días, acudes siempre fiel como en la renovación de un compromiso perenne bajo la luna de Nisán. Esos ocho días donde la fe se incardina con el sentimiento, donde las cosas de Dios son cosas también del corazón.

Porque qué sería de la Semana Santa sin ese pellizco. El que más allá de lo estrictamente litúrgico y sacramental apela a lo más hondo de ti mismo, llamando a esa parte nunca racional que duerme dentro de cada uno. La que, sin saber por qué, hace que el dorado de una canastilla o la mecida de una bambalina te embelese, te extasíe e inunde de paz tus sentidos. La que te salta las lágrimas cuando suena una marcha y oyes rachear las zapatillas en el asfalto, en la rampa de salida. La que te eriza la piel y te arranca un escalofrío cuando miras a Dios caminando sobre un calvario de clavel.

Así, caprichosa, con la ilusión de llenar de estampas nuestros recuerdos, se vino la Semana Santa de Granada. Después de una larga espera, la que arranca cada primer día de Pascua, se acercó apresurada, rápida e inmediata, y casi sin darnos cuenta, ese segundo día de abril. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

Punto de partida de todo y de tanto. Suspiro en el alma, pellizco en el corazón. Porque en un abrir y cerrar de ojos todo estaba consumado. Cristo se entregó por nosotros. Se sometió a la burla, al desprecio y al escarnio. Le despedazaron su carne con un flagelo, le atravesaron la frente con espinas y amartillaron sus manos para enclavarlo en la cruz. Agónico, sin llamar a Elías, recordó las escrituras. Y a ellas fue dándoles cumplimiento hasta que, encomendándose al Padre, fue hacia a él, apagándose como el sol en el atardecer. Y vino la nada. El vacío. El silencio. La muerte... Y también la espera, la promesa.

Porque la muerte venció a la muerte. Porque la cruz, cual columna de fuego, esclareció las tinieblas del pecado. El sacrificio del cordero consagró la puerta de los fieles en los días de la Pascua, y quedó cancelada la deuda ante Dios contraída por nuestros primeros padres. Y así, Cristo ascendió glorioso del abismo para restituir la gracia y aceptar a



quienes en él creen en el coro de los santos. En el noveno día del mes de abril, de todo ello se había dado cuenta.

Mektub. Estaba escrito. En los designios de la historia, previsto estaba que este 2023 estuviera llamado a ser un testimonio perfecto y completo de la escenificación de la Pasión, Muerte y Resurrección según Granada. Con sus treinta y dos hermandades puestas en la calle de Ramos a Pascua. Donde la ciudad entera se echó a las calles arrojando el paso de las cofradías, acompañándolas en sus salidas, a lo largo de todo su itinerario y despidiéndolas en sus recogidas. ¡Qué bonita fue, de verdad, la Semana Santa de este año! ¡Qué recuerdo nos deja...!



OFA



LA GRACIA DE LAS VÍSPERAS

La dimensión esférica, total, que regaló la Semana Santa vino contagiada por la emoción que dio haber estado viviendo cuarenta días de espera. Por una constante y sostenida sensación de inquietud y nerviosismo, parecida a la que contagia a un niño en la mágica noche de Reyes.

La Cuaresma amaneció en medio de un gélido invierno, en la semana de ceniza, y se fue con un mercurio desbocado en las vísperas de un nuevo Domingo de Ramos. Entre un aire de nueva y reluciente primavera. Y lo hizo después de haber desgranado un fruto repleto de extenuante y apasionante vida entre cofrades.

Con noches que no acaban en la barra de la casa de hermandad, donde se improvisa una cocina, con un hermano hecho mesonero mezclando el tomate frito con el atún para untarlo con el pan. Que es vigilia y aquí no se come carne. Entre encuentros, reuniones y tertulias de improviso, en la puerta de la iglesia tras los cultos; en la esquina de la calle cuando, con el reloj cantando la madrugada, te paras a hablar con el hermano, con aquel que se cruza en tu camino y que viene de su propia cofradía. ¡Niño, que esto ya está aquí!, ¡qué barbaridad, que ayer estábamos poniendo la ceniza y mañana sacamos ya a la Borriquilla!, ¡nos vemos en las calles!



Cuaresma de trifásicos y natillas con misterio en calle Pan. De un victoria en la capilla gastronómica de la plaza Fortuny y de un lomo que te como en ese santuario, situado en una tierra de frontera, dibujada entre el barrio de la Virgen y el del Fígares. Cuaresmas de torrijas, de roscos y leche frita. Las que prometiste no comerte porque no cerraba el traje negro. Y las que finalmente te comiste y te obligaron a visitar al zapatero para darle ancho al cinturón de esparto que ya no abrochaba.

Cuaresma de prisas en las que el alma se te sale del cuerpo. Que se te había olvidado llevar la túnica y la dalmática a la tintorería, después de un año colgada en el armario con los churretes de cera de tu última estación de penitencia, y ahora la necesitas limpia y planchada para dentro de cuarenta y ocho horas. ¡Gracias, Ana! De carrera de última a hora a recoger la papeleta de sitio porque de todos es sabido que, después de dos semanas con la secretaría abierta de par en par, es preferible apurar al último minuto del último día para pedir salir de nazareno tú, tu padre, tu hermana y tu sobrino; y probarle el roquete al niño y al amigo del cole del niño, que este año ha dicho también de salir en la cofradía.

Cuaresma de triduos y quinaros. De cantos litúrgicos impresos en el banco de la iglesia, de misas solemnes con tu medalla en el pecho, con la mirada perdida en la cara del Señor mientras el cura predica. De diputados de cultos explicándoles, otro año más, al niño de cuándo se inciensa y de cuándo se levantan los ciriales en la función principal de instituto. De priostías sacando músculo en esa Granada efímera que eleva a sus titulares entre cirios para celebrar entre hermanos la fe.

Cuaresma de limpiezas de enseres, donde poco se reconoce el trabajo que hacen priostes y albaceas. El olor infernal del limpiaplata, las manos renegridas, el decapador al rojo vivo para quitarle la cera que aún tiene la candelería de la última salida. Esos momentos únicos y maravillosos de la Cuaresma, cuando echas más horas en la cofradía que con tu familia; cuando ves más horas al día a muchos miembros de la junta de gobierno que a la madre de tus hijos.

Cuaresma de montajes y preparativos. De suelos invadidos por una candelería perfectamente dispuesta y medida, a punto de ser cortada y fundida. De hermanos que raspan cirios y llenan una caja de cartón de esquirlas de cera, que bien parecen pétalos del mejor de los jardines. De tornillos esturreados que aparecen debajo de un banco, al lado de un alfiler. De arandelas de todos los tamaños para calzar el candelero de sexta que se ve torcido. De plomada colgada en los varaes para que los cirios queden firmes, en todas sus diagonales, como los músicos de Ripoll. De tira y afloja del pollero, que siempre da guerra, y no encaja la corona.



Cuaresma de ensayos en la Chana, con costales debajo del brazo en el sótano de la casa de hermandad del Rocío. De amigos que son como hermanos ayudándose para hacer las ropas, y acodando la morcilla con el brazo del otro echado en la cerviz. De vigas de hormigón para que abajo vayan haciendo cuello. De abrigos encima de la mesa de la parihuela, que cuando se sale del paso no veas el frío que hace.

Cuaresma de 'mudás', en las vísperas de la Semana Santa, que a veces empiezan ya a concitar más interés que la salida de algunas hermandades. Y de contraguías echados a policías locales controlando el tráfico. De retranqueos y 'levantás' que presagian que lo bueno se acerca.

Cuaresma de vía crucis de barrio, cruzando calles y avenidas con las devociones a pies de acera, cerca y próximas a los fieles, en la íntima oración del padrenuestro en cada una de las estaciones. De los especialmente tempraneros, como el del Cristo de los Favores, por su barrio; o el del Nazareno de las Penas, por San Antón. Ese precioso y bien preparado que regaló la Hermandad de Jesús Cautivo, de manos de la Federación de Cofradías, en el primer viernes de Cuaresma: el primero de cuantos presidía como prelado José María Gil Tamayo, y que tuvo por referencia a la Iglesia y los cristianos perseguidos. Cuarenta días en que se multiplicaron los itinerarios estacionales por las calles. Con el Santísimo Cristo de la Sagrada Lanzada, erguido y esbelto sobre un calvario, atravesando las anchas avenidas del Zaidín: admirable retrato de las vísperas que consiguió llevar a otra dimensión la presentación de los crucificados granadinos en este tipo de actos penitenciales. Como también sobresalió, aun por muy distintos motivos, el vía crucis protagonizado por la Hermandad del Trabajo: afectado por el tráfico rodado debido a una mala coordinación de los agentes de Policía Local. Y del que, con vocación inmortal, pervive en el corazón del Albaicín y llevó a Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima de la Estrella hasta las plantas del arcángel san Miguel en el cerro del Aceituno, con la tarde echándose encima, el sol bordeando la Alhambra y recortando sus perfiles en torno a la Cerca de Don Gonzalo.

Y todo ello fue nuestro tiempo de vísperas, la antesala de las puertas de la gloria. Unas puertas que quedaron entreabiertas el 26 de febrero a la voz del periodista Luis Javier López, que penetró en el alma del cofrade igual que lo hace ese haz de luz dentro del cancel de San Andrés, con un cuerpo de acólitos flanqueando sus umbrales, entre una nube de incienso, y que anuncian la llegada del Mesías a lomos de una borriquilla. El tempranero pregón de nuestra Semana Santa anunció a voz en grito lo que estaba por llegar: y de manos de San José, el glorioso patriarca salido de la gubia de Ruiz del Peral, anduvo Granada en busca de un nuevo tiempo de Pasión.



Desnudó elegante el pregonero la verdad que esconde la Semana Santa. Con sus aciertos y sus errores, esos que se pierden a veces demasiado en los detalles y apartan la mirada del verdadero rostro de la Caridad: Almanjáyar. Llamando a formar parte de la gran familia nazarena, como peones de la fe: alfiles entregados al damero blanquinegro del pavimento catedralicio donde postrar la rodilla ante Jesús Sacramentado. Anunciando un mensaje de amor a la ciudad y quienes la habitan; llamando al compromiso, a la formación y a la autenticidad: lejos de la fe carbonera, sin abusar del espíritu ganivetiano y embebidos de la lírica lorquiana que destilan sus días.

La sensibilidad afloró y se paladeó en frasco pequeño. En la voz y la cadencia de la dicción, y en el pellizco que contuvo la atmósfera. Se sintió de verdad, con el corazón. Porque, por mucho que digan, Granada no es indolente ni fría. Cuando hay verdad, el granadino se entrega y se emociona. Y no con modismos, prodigalidades ni zalamerías. No con retóricas chovinistas que se retroalimentan mirándose al ombligo; sino con una sencillez que no requiere de palabras. Que se lo pregunten a don José María; que, abrumado, debió sentir en sus carnes una de las ovaciones más sinceras y rotundas que se han escuchado en los setenta y un años de historia de ese patio de butacas.

Y despojada de su orfandad, la Granada cofrade se encontró con su pastor. El mismo que, sensible y humano, cercano y solemne, echó mano del cayado para acompañar a sus ovejas.

Así anduvo Granada por el camino de la fe, atravesando ese desierto de cuarenta días que van desde la ceniza hasta las puertas de Jerusalén.

¡Qué bonita es la Cuaresma, Granada, y qué rápido se nos pasa...!









QUE VAMOS
DULCES



EL SUEÑO DE LOS DESPIERTOS: OCHO DÍAS DE PASIÓN

Fueron diez mil doscientos cinco los minutos. O lo que es lo mismo, poco más de ciento setenta horas lo que duró la Semana Santa de 2023.

Así de largo y de corto, al mismo tiempo, fue el sueño que vivió Granada. Desde que el minuterero marcó las cuatro y diez para abrir las puertas de San Andrés, el Domingo de Ramos, hasta las dieciocho y quince del Domingo de Pascua, cuando se cerraron las de San Miguel, dejando perder la vista del interior del templo, con los hermanos arrojando al paso de palio de Santa María del Triunfo.

Un sueño en el que dormitan los despiertos, donde lo que se vive y se siente no es fruto de la evocación ni del subconsciente. Aquí, de Ramos a Pascua, se huele, se palpa, se oye, se paladea y se ve de verdad, con los cinco sentidos. El dolor es sincero: en los pies, después de aguantar impertérrito toda la estación de penitencia, parado, sin saber por qué mientras otros se deleitan en sus cosas; en los brazos, después de haber aguantado el cirial de mármol a mármol, esquivando a los 'jartibles' de la bulla que no se quitan ni con agua caliente; en la cerviz, con el cuello abierto, tras haber llevado arriba los kilos. Que el paso anda muy cortito y no veas cómo cae el trabajo.



Como también lo es el nudo en la garganta, cuando ves pasar a oscuras al Cristo de la Misericordia, envuelto en una majestuosa tiniebla ya entrada la madrugada y con el frío helándote los huesos en Diego de Siloé. Lo mismo que es verdad verdadera esa lágrima que se escurre mejilla abajo cuando, a pie de acera, ves llegar el paso de palio que cobija a esa misma dolorosa que tienes en una foto, en la mesita de noche, junto a los tuyos.

Igual de sincero que ese 'quejío' que se te escapa cuando, tras retener sobre los pies el misterio de la Humildad, valiente, echa el izquierdo por delante en Jesús y María, pasada la medianoche, a los sones de Nuestro Señor. Porque es cita ineludible en tu calendario acercarte al corazón del Realejo y redescubrir la esencia escanciada a los pies del Señor de la Cañilla.

...Y es tan difícil explicar ese je ne sais quoi que encierra la Semana Santa, espoleando a la emoción y a la parte sintiente de cada ser. Porque en todo hay algo de atávico y endocultural, capaz de interpelar a lo más genuino y propio del homo andalucensis. Pero también hay algo, no sé el qué, de universal: capaz de atraparte y embargarte los sentidos. Dejándote llevar por el ambiente de la calle, ese que se respiraba en la cuesta de San Antonio, junto al Señor de Pasión. O cuando, apostado bajo las naves de Santo Domingo, ves salir desde dentro a los nazarenos de la Santa Cena. O escuchando, de cangrejero en la delantera del paso, el saxofón con el solo de Siempre la Esperanza en la recogida de la Caridad. Vellito de punta. Eso es así. Ya seas de la estepa soriana, del Reus del general Prim o de Brookston, Minnesota.

En definitiva, la de 2023 fue una Semana Santa para el recuerdo. De esas que dejan huella en el corazón y pasan a los anales. De las que alimentan, como dijera una vez el pregonero, esa cajita de los recuerdos que todos tenemos. Y así lo pusieron de manifiesto los medios de comunicación en los titulares del día después. Lo confesaron los próceres cofrades en las tertulias de barra de bar, parlamento de la sabiduría popular. Lo pontificaron los políticos que, en año electoral, no se perdieron una. Los hosteleros, sonrientes, con la mano echada al bolsillo. Y hasta las redes sociales dando debida cuenta, pasada la octava de Pascua, de lo bien que había 'españoleado' Granada —Paco Toro dixit— en esta nueva primavera.



A LOS PIES DE SAN ANDRÉS

El Domingo de Ramos es día de precepto. En lo litúrgico, claro está, pero también en lo cofrade. Lo que en términos taurinos se llama tarde de clavel. De pompa y circunstancia. De ropita de estreno, de nervio contenido, de misa de hermandad y de costalero zanganeando, desde primera hora, con la medalla al cuello para que sepan dónde sales.

Un domingo, 2 de abril, que para quienes no sufren los estragos de la alergia olía diferente. Como también diferente era la claridad de la mañana. Con ese sol característico, radiante, de cielo limpio sin una sola nube a 30 kilómetros a la redonda y el mercurio apuntando alto. Un día de esos que, en cualquier otra jornada del año, los cofrades bautizan como «día de Domingo de Ramos».

Mesas de póstula en los principales enclaves, revoloteo a la puerta de los templos antes de que las primeras hermandades se dispongan a realizar su estación de penitencia. Y a comer pronto, en el bar o en la casa de hermandad, que hay que irse para San Andrés a coger sitio y presenciar la 'llamá' de la puerta.

Tres y media de la tarde. La calle Elvira rezuma ambiente. Cientos de personas agolpadas en las aceras. Impacientes aguardan la hora prevista. No cesa de acudir la gente hasta





San Andrés. Es una comunión espiritual en la que todo el mundo tiene su lugar, bajo la óptica de la fe pero también de la cultura y la efeméride: lo mismo el cayetanito de la americana y la corbata roja —color litúrgico del día— que el *hippie*, desharrapado y sin camiseta, que se asoma al balcón medio en cueros dándole ese toque *grunge* a tan conspicuo momento.

Y, de repente, se ven cruzar los primeros nazarenos de la Semana Santa por medio de la Gran Vía. Aplausos desde la acera de enfrente: emoción por aquello que está a punto de acontecer. Llegando a San Andrés, las mantillas que tintinean y ponen a prueba su equilibrio entre los adoquines y el desnivel de la calle Capilla. Y más gente que no deja de llegar. Y por allí el niño bullebulle que está cansado de esperar y quiere el padre que le coja a cucurumbillo porque no ve. Y el carrito que estorba, y el que llega sin mirar y tropieza con él. Y la señora, impaciente, que no consiente que nadie cruce ni se le ponga delante porque lleva una hora esperando. Y el policía fortachón, y el guardaespaldas de la puerta que, con cara de apio, te escanea de arriba a abajo tras las gafas de sol. Y el alcalde que llega. Y los gerifaltes de la Alhambra, vara en ristre, que piden paso, que van con la hora justa. Y el reloj apremia.

¡Qué nervios! Cinco minutos para que den las cuatro y diez. Los medios que se agolpan en la puerta de la iglesia, sobre la rampa, y el cable de la tele por el suelo que se enreda siempre. Y el micrófono: el amarillo, el verde, el azul y ahora uno nuevo que es rosa. Dos besos, que hace mucho que no te veo. Madre mía, que ayer era Miércoles de Ceniza y está a punto de salir ya la primera. Y el minuterero que está a punto de dar la hora. Ahora se va la señal y la conexión se corta. Problemas técnicos. No te pongas ahí, que no llega la cobertura y la conexión hace frufrú.

Y el cortejo dentro formando. Y la temperatura subiendo. Y el nervio que aumenta. Pero ¿cuánto queda? Y se remanga el nazareno la bocamanga y el reloj digital denuncia que ya solo restan segundos. Pero hay que ver qué largos se hacen...

Toc. Toc. Toc. Una llave plateada con dos escudos llama a la puerta. Se intenta hacer el silencio mientras, desde el interior, se oye: «¿Quién llama?». El hermano mayor de Santa María de la Alhambra responde con la ceremoniosidad que corresponde. Y la voz le tiembla por mucho que lo haya ensayado y se sepa el título de la cofradía hasta del revés. Pero es que no todos los días se da inicio a la semana más bonita del mundo. El ritual se cumple: ¡Que abran las puertas!, se anuncia desde un antifaz nazareno de sarga azul. Y con un cerrojazo, de par en par, se abren las dos hojas de madera que cierran el vano de San Andrés.



Definitivamente, la Semana Santa echó a rodar. Aplausos, alegría y la ilusión de un día tan único como especial. El diputado de cruz de guía intenta apartar la marea que se agolpa e irrumpen los primeros nazarenos portando palmas, anunciando cómo Granada se hace Judea para acompañar al Señor subido en su borriquilla. Ineluctable momento e inenarrables sensaciones en el adoquinado de la calle Elvira.

La primera en la calle. Ahora sí que sí, el Domingo de Ramos empieza a tomar forma. Los músicos de la Banda del Santísimo Cristo de la Expiración se ponen en cabeza y, tras ellos, toda una hermandad hecha cofradía. Nazarenos de túnica blanca y antifaz y capa de color azul componen el primer tramo, siguiéndoles detrás una cada vez más nutrida compañía de pequeños y jóvenes hebreos: la cantera cofrade de Granada que emana entre palmas y olivos.

Muchos de ellos, en su más tierna infancia, procesionaban por sus propios medios, con ese andar divertido e inocente de quien vive esta jornada como una auténtica fiesta. Pero también los hubo quienes, dormidos, salieron a Granada en los brazos de sus padres o sus tíos. Porque es importante sembrar y abonar la semilla desde las primeras 'chicotás' de su recién estrenada vida. Una vivencia que a buen seguro no recordarán, pero alumbrará el camino de una nueva alma cofrade que algún día también transmitirán a su propia descendencia.

Y mientras transcurrían los primeros metros de la estación de penitencia de la cofradía, en el interior del templo, el capataz del paso de misterio del Señor de la Entrada en Jerusalén, Alberto Ortega, invitaba al pie del respiradero al arzobispo de Granada, don José María Gil Tamayo:

En el recuerdo siempre nuestro querido don Javier. Pero hoy, con inmensa alegría, recibimos a don José María. Y me atrevo a convertirme en portavoz de todos, y le ofrecemos una legión de personas para lo que a usted le haga falta, para llevar la palabra de Dios a todo el mundo.

El prelado, emocionado, agradecía las palabras y aprovechaba la ocasión para dirigirse personalmente a los costaleros. Y con una dicción natural, sin la corrección que da la oficialidad, se mostró tal cual es. La voz anudada, como también lo estaba de quienes expectantes acudían a ese momento tan íntimo y cofrade como este: la primera 'levantá' de la Semana Santa.

Vosotros vivís la Semana Santa de Granada de otra manera. La vivís desde dentro, debajo de los pasos. Con el corazón. Y el corazón está en el centro. Ofrecerlo por quienes más queréis y que el Señor y la Santísima Virgen al mismo tiempo que los lleváis os lleven también a vosotros. ¡Que Dios os bendiga!



Se puso de pie el paso y anduvo hasta el mismo cancel. Se arrió y empezaron las maniobras: fuera los zancos, las cartelas; y, con las rodilleras puestas, quienes estaban debajo de la trabajadera se fueron a tierra. Silencio en la iglesia, mandos justos para sortear la estrechez de la puerta, y venga de frente.

No habían asomado apenas las maniguetas al exterior cuando los pupilos de Iván Polo arrancaron con los primeros compases de *Alma de Dios*. Cerrada ovación del respetable que se fundió con la melodía del himno nacional, todo a la vez que la priostía realizaba los trabajos preceptivos antes de que el paso de misterio levantara por primera vez al cielo de Granada. Los zancos en el suelo y, a la tercera de martillo, echó a volar el paso. Aguantando arriba los kilos, poco a poco empezó a revirar el paso: izquierda adelante y la derecha atrás, dejando recaer sobre el costero izquierdo mientras la marcha *Entrando en Jerusalén* actuaba como la mejor banda sonora para este fulgurante primer instante de la Semana Santa de 2023.

Comió calle el paso para dejar hueco a los tramos del palio. La cofradía se desplegaba mientras las miradas se dividían: quiénes ponían sus ojos en la trasera del misterio, buscando la placeta de los Niños Hebreos, y quiénes lo hacían de nuevo hacia San Andrés, esperando la salida de Nuestra Señora de la Paz. Nuevamente sonó el martillo y al cielo se fue el paso, dejando crujir los doce varales sobre la mesa. Estruendosa melodía que suena siempre a regalo caído de lo alto.

A los sones de *Nuestra Señora de la Paz*, de Abel Moreno, empezó la primera ‘chicotá’ mariana de nuestra semana mayor. Las bambalinas meciéndose con cadencia, la candelería encendida, vibrantes las marías que antecedían a la Reina de San Andrés, y toda una primavera derrochada en las jarras, las violeteras, el friso y las esquinas.

El Señor, en Gran Vía. El palio, en Elvira. Y desde la plaza de Alonso Cano los primeros nazarenos de la Hermandad del Cautivo empezaron a irrumpir sobre el firme. Sin solución de continuidad, la Semana Santa empezaba a cobrar vida en los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Latidos de un nuevo Domingo de Ramos también en Santo Domingo, con la llegada de los primeros hermanos para aguardar en el claustro y formar los tramos; en la Carrera del Darro hacían su carta de presentación los músicos manchegos del Cristo de la Elevación, anunciando que la Hermandad de las Maravillas estaba ya en tiempo de descuento para poner la cruz de guía en la calle.

Ya no había vuelta atrás. La expectación y las ganas de disfrutar de los paisajes y escenarios de la Pasión empezaban a materializarse en cada uno de los templos. A Nuestro Padre





Jesús Cautivo le acompañó el himno eucarístico de Gabaráin en el trabajo que hizo desde el mármol hasta el intradós de la puerta. La gente, enfervorizada, aplaudió al eccehomo de la túnica blanca cuando abandonó la penumbra del interior del templo.

Una dosis de devoción, pero con un gran componente de cariño y afecto, con la que intentar refrendar el trabajo y esfuerzo que la cofradía franciscana está haciendo por sobreponerse a las circunstancias. De ahí que, poco a poco, los hermanos y los fieles vayan de nuevo acercándose hasta sus filas para vestir la túnica nazarena y lucir la mantilla; y que, como premio a esa labor de estabilización e impulso, llegaran tras la Semana Santa algunos reconocimientos institucionales. Todo es poco por no desalentar a quienes, con empeño, trabajan haciendo suyo el lema de la RAE: limpiar, fijar y dar esplendor.

La mecida al olivo al son de *Alma de Dios*, enmarcada bajo la fachada de la Catedral y con la luz solar proyectada directamente sobre el paso, regalaba uno de los grandes instantes de la cofradía en esta jornada. Pero, quizá, cuando pudo dar una imagen más completa y definida de todo aquello que está haciendo fue al disponerse la corporación nazarena a pedir la venia en la calle Ganivet. El despliegue del cortejo permitió calibrar de eso mismo que hemos querido dar cuenta.

El paso de misterio anduvo de largo en este enclave. Dejaron los cambios para otros puntos del recorrido, y quizá se echó eso de menos: haber demostrado el buen hacer de quien comanda las treinta y seis almas de la taifa del costal, haber paladeado esos detalles, ese trabajo acompasado a la música de agrupación, reteniendo sobre los pies antes de romper por derecho con la izquierda 'alante'. Envuelta en la algarabía que regalaban las cornetas de los pupilos de Jorge Berrio, hizo acto de presencia el paso de palio de María Santísima de la Encarnación. Deslumbrante acompañamiento floral, que vino a reivindicar ese carácter popular al que se pretende aspirar; y una vestimenta, a cargo de Javier Núñez, que vino a mostrar una de las cotas más altas de perfección en su propio oficio.

Para el recuerdo de este Domingo de Ramos queda también la presencia de la Hermandad de Santa Cena en la calle. El relato de una estación de penitencia no estriba únicamente en la vivencia que se tiene de la cofradía en la calle; también lo tiene en todos esos momentos y detalles que, desconocidos para el gran público, aguardan en el interior del templo. En el claustro de Santo Domingo, por ejemplo. Cuando ves a las familias llegar, a los amigos juntarse en corrillo revisando las listas para ver en qué tramo están este año.



La majestuosidad de las túnicas reviste algo intrascendente en un momento cargado de poética. Lo mismo que recibir el saludo de un nazareno anónimo, cirio en mano, que te guiña o te llama para estrecharte la mano antes de afrontar su camino de penitencia. La intimidad del templo, reservada para los hermanos, es un momento especial. Y así se vivió bajo las naves góticas de Santa Cruz la Real. La oración del padre Larios invitando a revivir los orígenes eucarísticos de la cofradía, el mensaje del hermano mayor a los suyos, el sonido del martillo y la voz de Rodríguez Quesada dando las primeras instrucciones para llevar a la gloria el retablo sacramental de la Santa Cena.

E irrumpió con la fuerza de un ciclón el paso de misterio en el corazón de su barrio. Los miles de personas que allí estaban, capitaneadas por fray Luis de Granada, hubieron de apartarse y abrir camino para darle sitio y que pudiera ir de frente en busca de Ancha de Santo Domingo. La banda de cornetas y tambores, propia de la hermandad, ofreció también lo mejor de sí, dejando ver un sugerente crecimiento respecto del año anterior y consolidando su presencia. Exquisita llegó a Granada María Santísima de la Victoria, quien tuvo que sortear una compleja y accidentada salida. Los nervios, la ilusión y las ganas a veces llevan a esas cosas que, finalmente, no pasan de ser una anécdota.

Hosanna in excelsis para la Novia del Realejo. El sol, colándose entre los plataneros. Los rayos de sol incidiendo sobre el blanco manto, las blancas bambalinas y la flor blanca del palio. La cándida hermosura de María Santísima volvió a ser una de las protagonistas ineludibles de la jornada hasta las últimas horas del día.

Sale la Virgen de las Maravillas. Ninguna otra marcha mejor para anunciar la presencia de la perla del Darro en las calles de Granada. Clásica melodía en un marco incomparable que pasa de ser tópico a realidad perentoria entre el paisaje de encrespada vegetación y de donde surgen atávicos los cimientos de la Alhambra, el aire fresco que empuja el cauce del río y toda una atmósfera que se construye entre las históricas piedras de las fachadas de la Carrera. En ese clima, cautivador, con un torrente de luz penetrando desde el atrio de San Pedro hasta el damero de mármol del interior, irrumpió el paso de palio de la madre de Dios.

Embaucados asistimos al momento. Viendo sortear la estrechez de la puerta, recreados en la dulzura que inspira la dolorosa, su precisa vestimenta, su exorno, la clásica estampa de su palio, la inspiradora melodía de Ferrer. El sol iluminando la delantera y colándose desde la primera a la última tanda de candelería. Evocador. Al menos hasta que un rebuzno irrumpió y echó al traste la solemnidad del momento. Y no contento, y por si quedaba algo de magia en el momento, volvió aquel ser, desgañitado, a dar la nota. Habrá tiempo



de apuntarlo, pero he ahí uno de los debes de la Semana Santa de Granada: el saber estar.

Discurrió la hermandad elegante y clásica. Y contó con el calor de la gente a lo largo de su recorrido, aunque el público ya había mermado considerablemente al caer la noche, cuando la cruz de guía se apostaba en la plaza de Santa Ana. Una estampa que muchos recordaban como una imagen de la Semana Santa del ayer, cuando las cofradías se veían en primera fila, sin dificultad de acercarse hasta el mismo respiradero del paso. Si bien en un horario mucho más temprano, lejos de aquellas primeras horas de la madrugada, cuando el frío acuchilla por las orillas del Darro.

Hubo tiempo aquí para disfrutar, sin voces estridentes, de la atmósfera que se vierte desde el paso de palio, andando a los sonos de *Valle de Sevilla* antes de enfiar la estrechez de la Carrera, y perdiéndose en este enclave con *Virgen del Darro*. En el recuerdo quedaban aún los ecos de los pupilos de Guillermo Padilla al frente del misterio del Señor de la Sentencia, que volvieron a trabajar a los sonos de la banda de la Elevación, de Campo de Criptana: formación ya indispensable en la configuración ambiental de la Semana Santa de Granada.

Entrada la noche, y con el grueso de las cofradías andando ya los últimos pasos de sus respectivas estaciones, la última de las hermandades en haber pasado por la Carrera Oficial hacía también lo propio, recorriendo el itinerario de vuelta a su capilla. Los hermanos de Jesús Despojado, que tan buenas sensaciones habían firmado frente al Santo Ángel Custodio, presentando sus respetos ante el Cristo de San Agustín, contaban con el calor y el arropo de gran parte de la Granada cofrade una vez llegaron a calle Frailes. Incluso nazarenos de la Santa Cena, con el antifaz bajo el brazo y a carrillos llenos, que no quisieron eludir la cita de ver andar de frente al Señor de Fígares.

La estrechez de las calles regaló momentos de pellizco. Ambiente en la delantera, haciéndole bulla al paso cartujano mientras recetaba la formación propia, en el trigésimo acompañamiento detrás de su titular, un repertorio marcado por la presencia de los clásicos. Jesús Despojado, más Jesús Despojado que nunca. Como un río, el público corría como un cauce Mulhacén abajo, hilvanado al paso o siguiéndolo en los costeros, hasta terminar por desembocar en Ayala Canto: lugar geográfico en el que poner el broche al Domingo de Ramos.

Pero antes de eso, y como si de un trávelin se tratara, desde la cruz alzada hasta la presidencia, la compostura del cortejo, compacto y elegante, arrojó una de las estampas



AOE



cofrades del día, un año más. Tras los últimos nazarenos, el cuerpo de acólitos y, tras ellos, el último paso de palio en incorporarse a la Semana Santa de Granada: el de María Santísima del Dulce Nombre. Una de las composiciones estéticas más definidas y depuradas, llamadas a ser un antes y un después en la imagen y las artes aplicadas del mundo cofrade de la alta Andalucía.

Duro trabajo el de la cuadrilla de Dionisio Martínez, con un paso tan esbelto y rotundo como pesado, y eso aun cuando faltan algunas de las piezas clave del conjunto. Su presencia, en cambio, resultó sublime y etérea cuando sonó Virgen del Valle en el penúltimo trabajo. Frágil y liviana pareció mostrarse la orfebrería y cadencioso el andar hasta que terminó la maniobra. Y sin solución de continuidad, con *De tu mano*, se afrontaron los últimos compases de la jornada, ya en las primeras horas del Lunes Santo. A pulso la última 'levantá', sin apenas verse subir, entró el paso de palio en su capilla. Y cuatro nazarenos de escolta, impertérritos, asistieron desde la puerta mientras sonaban los acordes del himno nacional. Así terminaba el primero de los ocho días de Pasión en la ciudad de la Alhambra.



DOMINGO DE RAMOS





JMG



LA MIRADA DEL NAZARENO

Despiertos los ojos a un nuevo día, el nazareno se prepara para su estación de penitencia. Es el momento de coger el periódico, las redes sociales y el YouTube y ver qué se cuenta de lo vivido ayer. Para ver las fotos, para leer los comentarios y ver que todo transcurrió —o no— según lo previsto. El cafelito en vaso de cristal, la media de aceite. Y echarse a la calle para ver cómo aguardan los pasos montados en cada uno de los templos de las cinco hermandades de la jornada.

El paseílo de por la mañana presenta al nazareno, vestido de calle, erguido y enhiesto. Con un regusto propio de día grande, de acontecimiento. Camino del templo, empiezan los saludos del cofrade que viene y que va, solo o con la familia, con la mujer y empujando el carrito. A las puertas, ese corrillo de medallas que apuntan que los hermanos no quieren perderse ni un solo instante de la jornada: para recibir a las visitas, pero para echar también una mano en los últimos flecos de la organización.

Momento de encuentro con los que ayer fueron protagonistas. El nazareno se estrecha en un abrazo con el que ayer lo fue, dándole la enhorabuena por lo bien que anduvo la cofradía. Instante de comentario, de tertulia improvisada que conduce a esa despedida



marcada por los mejores deseos: «¡Que tengas una buena estación de penitencia!». Ya en la iglesia, puestos los pasos de flor y con todo perfectamente dispuesto, continúa ese discurrir de abrazos, de besos y de miradas confidentes, que hablan de cómo por fin llegó el día. Y más cuando el sol irradia con la fuerza que lo hace, augurando una tarde despojada de incertidumbres meteorológicas: sin viento que moleste la candelería, sin nubes que retraigan a la gente a echarse a la calle y sin atisbo alguno de lluvia, que permitirá a la cofradía paladear cada momento sin la necesidad de apremios ni cabildos que diluciden las dudas.

El diputado mayor de gobierno es un manojo de nervios. Nunca termina de estar todo controlado, y por mucho que se revise siempre hay flecos —el coeficiente del error humano— que se escapan. El presidente de la Federación llega junto con la junta de gobierno para transmitir los mejores deseos. También el equipo de gobierno del Ayuntamiento, y los grupos políticos que quieren asimismo su foto para cumplir con lo que creen que de ellos se espera, más aún cuando la cita con las urnas se encuentra a la vuelta de la esquina. La representación de las hermandades que también llega y junto a quienes se reza ante los titulares, la entrega del ramo de flores y toda esa bonita parafernalia que marca la diferencia.

Al llegar al mediodía empieza a dispersarse en la iglesia el bullicio y cacareo de la mañana. Atrás queda ese frenesí y ahora el silencio baña las paredes. La mística lo envuelve todo: una presencia de lo divino que pende de cada uno de los detalles del paso, de los enseres que, si ahora inmóviles e inertes, volverán a la vida en apenas unas horas.

Y el nazareno vuelve de nuevo al hogar, cumplido el primer trámite. Y embebido por la liturgia, como la que reviste el mozo de espadas montando la silla con el traje de luces, el nazareno avía la túnica. Las zapatillas o las sandalias, el antifaz con el capirote, el cingulo o el esparto, la medalla y la papeleta de sitio. Calzarse cada uno de estos elementos lleva consigo su tiempo, su ceremonia. Revestirse de nazareno no es cualquiera cosa.

El beso a la familia antes de partir y, sorteando las escaleras, se cubre el nazareno para ir por el camino más corto hasta el templo. Segundo paseillo de la jornada. Este, sin duda, mucho más especial, y más torero. Andar por la calle, cubierto con tu túnica, echando la capa al vuelo, confiere una identidad mayúscula. Un porte y una prestancia de la que uno se embebe y se recrea. Y descubrir bajo el antifaz las miradas del gran público. El que sorprendido te mira, como un elemento ajeno al contexto urbano del día a día, pero que es protagonista en estos ocho días de Semana Santa.



Y encauzando la calle, en dirección a la iglesia, ves cómo otros nazarenos, al igual que tú, asumen y participan de tu mismo destino. Desembocando hacia un mismo lugar, llamados y atraídos por una misma fe: la que despierta y convoca sobre un monte de clavel, sobre un calvario de roca, bajo un olivo, apoyado sobre el tocón de un árbol o bajo el terciopelo salmón que cubre el bastidor de un palio.

A las cuatro de la tarde. Eran las cuatro en punto de la tarde. El nazareno volvió a ser el anónimo protagonista de la tarde: el que asume en silencio su penitencia; el que da imagen e impronta a la hermandad en el momento de hacerse cofradía. Cientos de ellos salieron a las calles de Granada para proclamar su fe, sin necesidad de pavonear la belleza de lo humano, lo terreno, lo efímero. Y lo hicieron con cada una de las cinco cofradías que realizaban en este 3 de abril de 2023 su estación de penitencia: acuarela de colores en sarga y terciopelo que pintan la primavera granadina.

Salieron a la calle los nazarenos de la Hermandad del Santísimo Cristo del Trabajo, envueltos por el festivo murmullo que empezó a adoquinar desde la confluencia de Navarra con Polinario. Todo un barrio echado a la calle para acompañar populosamente a las imágenes titulares de la corporación zaidinera. Las primeras impresiones del Lunes Santo llegaron cuando, a los sonos de *A la gloria*, la dorada canastilla del paso de misterio abandonó la parroquia del Corpus Christi. No había terminado la primera 'chicotá' cuando los primeros vítores irrumpieron, llovieron los primeros pétalos desde los balcones, se cantó la primera saeta y empezó el trabajo de la cuadrilla de costaleras del caído de Espinosa Alfambra.

Tras el misterio, las mantillas. Y tras ellas, el paso de palio de la Virgen de la Luz. No habían irrumpido en Granada todavía los desbordados vergeles de las esquinas cuando se confundían los vítores, los aplausos con los compases de *Encarnación coronada*, coreada al unísono por el respetable en una suerte de comunión espiritual. El Zaidín enfervorizado a la salida de su primer paso de palio, desgranando un rosario de emociones que se prolongaron hasta las primeras horas de la madrugada. La poesía popular brotaba por doquier, ya en los piropos a la dolorosa por parte de sus más fieles vecinas, ya al pie del martillo con un capataz entregado a la causa:

Siempre hay que ronearle a la Virgen. Vamos a echarle chulería, mis niños guapos de la calle Polinario. Hay que seguir siempre con ella, paso a paso, como en la vida. Vamos, mi gente buena. Más suavitas las 'llamás', que se me despeina la Virgen, que va guapísima.

No fue, sin embargo, esta cofradía la primera en pedir venia ante el palco de la Real Federación de Hermandades y Cofradías, en la calle Ángel Ganivet. Quien se encargaría





de hacerlo sería aquella que partió desde la iglesia de las Comendadoras de Santiago, en el corazón del Realejo. La Hermandad del Huerto llegó hasta la Carrera Oficial afrontando Varela y los últimos metros de la cuesta del Progreso.

La Banda de Jesús Despojado volvió a regalar su oficio al andar costalero del paso de misterio que acoge uno de los grupos escultóricos más compactados y conseguidos de la Semana Santa granadina, el que saliera de la gubia de Domingo Sánchez Mesa en los años cuarenta del pasado siglo. Solemne discurrió el paso, con el ángel apuntando al cielo y entre el cimbreo del olivo de la trasera. Una exquisita y cuidada presentación que trajo consigo uno de los mejores y depurados momentos de la jornada.

El paso por el itinerario oficial de la cofradía, a pesar de ser ligero, acabó acumulando algunos minutos de retraso. A veces este se genera por cuestiones ajenas a la voluntad humana, otras no sé si por querer dar un innecesario espectáculo que nada aporta y que, cuando menos, sorprende: ¿qué sentido tiene que un hermano mayor abandone la presidencia de la hermandad para ponerse a comentar la jugada con otro hermano mayor que espera a que la cofradía que le antecede se digne a terminar de pasar?, ¿qué sentido tiene que ambos, fundidos en un carisma fraternal a las puertas de la Carrera Oficial, se entretengan ante el paso de palio y que, como guinda del pastel, el nazareno invitado —vara dorada en mano— acabe llamando al paso? Y en definitiva, ¿qué llevó a todos ellos a olvidar ese supuesto en el que todos están realizando estación de penitencia y no haciendo un huero ejercicio de camaradería exhibicionista?

Empezaba el «lío del Lunes Santo». Retraso acumuló también la Hermandad del Trabajo, que se vio obligada a afrontar maniobras de priestía antes de llegar a la plaza del Campillo: una de las imágenes secundarias, la de Santa María Magdalena, no contaba con la estabilidad óptima sobre la mesa. Acumulaba retraso a los minutos que ya habían empezado a desajustar los horarios estipulados y que colegiadamente todas las hermandades se habían dado entre sí.

La Hermandad de los Dolores, por tanto, llegó tarde a realizar su estación de penitencia en el interior de la Catedral. El centro empezó a teñirse de los blancos capirotos de la cofradía, con la cruz borgoñona sobre el pecho, clásica estampa para el Lunes Santo granadino. La mecida del paso de palio, sello característico impreso por el histórico oficio de Antonio Rodríguez, volvió a evocar a esa Semana Santa perenne e inmutable. La cual cada año, en cambio, se refresca y renueva con el atrevido y elegante exorno floral que puebla la orfebrería del paso de palio.



Nuestra Señora de los Dolores, elegantemente adecentada por GarvÍ, transcurrió doblándole las manecillas al reloj por la Carrera Oficial a los sones de la formación que dirige Antonio Linares. Y así, mientras algunas hermandades abogaban por ganarle metros al recorrido, como Jesús del Rescate —que, aun andando de corto frente al palquillo federativo, no cejó en su cometido—, la Carrera Oficial terminó por convertirse en una trampa. O en un escaparate en el que exponerse al lucimiento a la par que dejar constancia de las grandes carencias que algunas cofradías revisten.

Hay quienes arguyen, aludiendo buenistamente a un fallo de coordinación, que hay capacidad de entendimiento como para resolver las cosas. Los hay, de otro lado, que afirman que la hora de retraso que se acumuló es lo de siempre: la ajustada bragueta de algunos que no cejan en el empeño de mirarse al ombligo, y que salga el sol por Antequera. ¿Que voy tarde? No pasa nada: mi momento de gloria no me lo quita nadie, aunque eso suponga transcurrir a la velocidad de un metro por minuto. ¿Que voy a comprimir mi cortejo, para ganar espacio y darle la oportunidad al de atrás para que eche adelante la cruz de guía? ¡Habrase visto! Siendo tan necesaria una autojustificación ante lo más granado de la Semana Santa, sentado en los palcos... y ante las cámaras (aun siendo por todos sabido que, en Granada, tras la Puerta del Perdón empieza la diáspora).

Una lucha de egos por ver quién la tiene más grande —la cofradía— que se saldó con retrasos de cuarenta y cinco minutos, pagados todos y cada uno de ellos por la presencia inmóvil de los nazarenos en el pavimento sin saber qué ocurría. Porque, mientras unos hacen penitencia, otros solo desfilan. Aunque, al llegar todos a la cancela de Cárcel Baja, se deshizo el nudo al ponderar cada uno la grandeza de su taifa. Y así, como dijo Serrat, y con la resaca a cuestas, volvió el pobre a su pobreza, el rico a su riqueza y el señor cura a sus misas.

Las saetas, homenaje a Morente, sonaron desde la calle Santiago al paso de la cofradía. Centenillo, desde la corrala de Santiago, brindó el lirismo de su voz al llanto comendador de la Virgen de la Amargura. Los Dolores se embebieron en su discurrir por la Plaza Nueva, evocando el *Aniversario Macareno* del maestro Velázquez: punto de partida al lugar del que procedía, siguiendo las orillas del Darro.

A Jesús del Rescate, que en esta ocasión vestía la túnica de rocalla, no le bastó más para continuar deslumbrando con la majestad de su porte, caminando entre pétalos a lo largo de Puentezuelas. Imperial fue la estampa que ofreció en Pasiegas, cadencioso, con un andar milimétrico. Sin echar cuenta del cronómetro, una de las más bellas obras del arte sacro andaluz se conjuntó con la atmósfera y el telón de fondo que imprime el hastial



canesco de la Catedral: el efímero y sublime belcomposto del mejor Barroco de la tierra. Y hubo que echar mano para saber qué marcha sonaba en aquel instante, que terminaba con los primeros compases de la obra más distinguida del maestro Alejandro Blanco: una marcha titulada *La Esperanza de María*. ¿Mensaje subliminal de quienes anhelan cerrar la cofradía bajo palio?

Por Trinidad, una bulla se apostaba a las plantas del Hijo del Hombre. La mirada perdida en el manso cordero de la Magdalena. Momentos para una 'recogía' que traspasaba el filo de la medianoche y con una buena porción de Granada dispuesta a conmemorar el ocaso de este Lunes Santo. Mientras, un nazareno anónimo, de negra sarga ceñida por cuerdas de esparto, ponía su vista en el frente, entrelazando sus manos sobre un sobrio palermo con el único propósito de devolver la cruz de guía a su templo por el itinerario más corto y en el menor tiempo posible.

Los nazarenos de San Agustín, entre el silencio que imprime su presencia, discurrían con los cirios al cuadril solo salpicados por el toque del muñidor y las agudas notas de la música de capilla. Sin perder el son anduvo la cofradía, que volvió a regalar una dimensión tan personal como diferente a cuantas se viven en la Semana Santa de Granada. Con la imagen del Cristo de San Agustín más esbelto que nunca sobre su cruz de plata, irguiéndose sobre el calvario que flanquean cuatro hachones y dos ángeles ceroferrarios. Y marcado a fuego, en lo más profundo, un sonido que un humilde nazareno fue capaz de ver con el alma sin perder nunca el frente: la semipenumbra desnuda de las naves de la Catedral recogiendo las voces del *Stabat Mater* de Kodaly, reforzadas por el trío de maderas, y el atronador sonido de los varaes golpeando sobre la mesa en una 'levantá' de las que erizan la piel. Música celestial que, prendida al corazón entre el callado mutismo de noche de San Antón, seguía resonando y alumbrando la calle como una verdadera hierofanía. Dios se manifiesta, muy a menudo, en las cosas pequeñas.

Terminada la estación de penitencia, rezadas las preces finales, el anónimo nazareno volvía a casa por el camino más corto. Con la madrugada echada sobre los hombros, regresaba a la mundanidad de las cosas, revistiéndose de lo humano al dejar la túnica salpicada de cera sobre el cobertor de la cama.

A dormir, túnica de sarga, a descansar yerta en el fondo del armario. Vuelve, capirote, a tu letargo, esperando esa nueva primavera que te lleve a quedar ceñido sobre la frente. Descansad, seráficas sandalias. Aguardad ese 25 de marzo, fiesta de la Encarnación, para guiar los pasos de aquel nazareno que, como el ángel, replegará sus alas y rodilla en tierra, proclamará la grandeza de Dios hecho hombre para la redención de su pueblo.



LUNES SANTO

0:





RGM



CUATRO ASES DE LA BARAJA

El amanecer de un nuevo día es una oportunidad para tantas cosas... Miles de segundos que se abren ante un horizonte solo escrito por la divina providencia, capaz de arrojar el todo y la nada. Un ramillete de ocasiones en las que paladear todas y cada una de las grandezas que Dios regala: la mirada, la sonrisa, el abrazo de quienes te quieren, de quienes comparten tu sangre y quienes no, porque su amistad duele en lo más hondo. Un abismo de momentos, desde el amanecer y hasta el ocaso, para recrearse en el espectáculo de la naturaleza y el genio humano: en el fulgente sol, en el cielo azul, en la atmósfera cálida de una primavera como esta; en la armonía de las formas, en la proporción que guarda la belleza; en la apetencia de aquello que, por su trascendencia, es bueno para el alma.

El amanecer trajo la oportunidad de un nuevo día que, para gloria de Dios y de los hombres, vino a ser Martes Santo en la Pasión del Señor. Jornada esperada como ninguna otra en esta Semana Santa. Parecía nunca llegar el momento. Parecía que el cielo y la enfermedad no estaban dispuestos a dar tregua. Pero, sin renunciar nunca a la Esperanza, llegó. Se hizo posible, y fue germinando poco a poco, desde las cuatro y treinta cinco minutos de la tarde, hasta bien entrada la madrugada, con el reloj apuntando a las dos



del nuevo día: desde el preciso momento en el que una bendita cruz de guía, portada por las manos de un santo varón, se puso en marcha en Fernando de los Ríos hasta que, de vuelta, se cerraron las puertas de los Dolores, con el *Himno Nacional Español para Alabanzas del Señor* de Germán Álvarez Beigbeder.

El día no vino acompañado por un aguerrido mercurio, dispuesto a batir los registros de los días anteriores, ni tampoco del batallante sol crujiendo sobre el pavimento. Pero desde que salió el sol, el cielo no amenazaba como hiciera otrora. Con el corazón puesto sobre la mano, dispuesto a entregarlo sin medida, y sin las miradas puestas en el devenir de las nubes, el latido se sintió simultáneamente en esos cuatro puntos cardinales de la geografía cofrade: los que marcan la parroquia de los Dolores, en el Zaidín; San Juan de los Reyes, en el Albaicín; San Gil y Santa Ana, a las orillas del Darro; y en Santa Escolástica, en el epicentro del barrio del Realejo.

Cuatro cruces de guía, cuatro hermandades, cuatro cofradías. Cuatro ases de una baraja que supieron jugar su baza, con las cartas hacia arriba. Cada cual con sus propios naipes, cada cual con una mano que el azar divino repartió sobre una mesa de taracea. Y como la mejor de las artesanías granadinas, cada as y cada pieza de esa mesa conjugaron armónicamente en la diversidad y pluralidad de las cosas. La que da vivir y entender la piedad, la religiosidad y la fe desde distintos carismas. Cada cual que elija. Cada cual opte por aquella en la que más cómodo se sienta y mejor responda a su espíritu.

Y así la Granada nazarena se echó a la calle. Al reclamo de la estación de penitencia, nuevos y anónimos nazarenos se revistieron para salir en procesión. Los más tempraneros cruzaron el Zaidín para llegar hasta esa humilde y discreta iglesia, flanqueada por edificios, que cuenta con una puerta hacia la gloria. Desde allí partieron los nazarenos de túnica blanca y capa morada de la Hermandad de la Lanzada después de haber rezado como hermanos antes de iniciar su singladura.

Con los dos sacerdotes que componen el equipo pastoral de la parroquia empujando las puertas a la hora designada por el diputado mayor de gobierno, tres años después de lo deseado empezaron a salir los primeros nazarenos desde aquella iglesia. Los músicos de Jesús Despojado aguardaban para regalar sus mejores partituras al Señor crucificado en el momento de ser traspasado por la lanza de Longinos. El Martes Santo cobraba vida brotando como sangre y agua del costado abierto del Hijo de Dios.

Y entre el fervor del pueblo empezó a discurrir la cofradía, justo mientras en el interior *Soleá, dame la mano* irrumpía, inesperadamente, con los músicos de San Sebastián de



Padul. Sorpresivo regalo para quienes disfrutaron del momento y vieron andar a María Santísima de la Caridad, en un momento íntimo como este, con una de las grandes marchas del repertorio musical de Andalucía. Pero no tardó en romper la tarde hacia lo que, de verdad, es (o debería ser) este paso de palio: una desbordante alegría, un contenido bullir que hable del sentimiento más popular y genuino de los zaidineros, una contagiosa emoción desprendida de todos y cada uno de los elementos que componen las andas de esta dolorosa.

En una flor que no camine entre algodones, en un andar valiente que remueva las bambalinas, que deshaga sus pasos y que rompa con el izquierdo en el momento justo, cuando la marcha lo pida. En un repertorio como el que acompañó en esta estación de penitencia, con sus momentos para el pellizco, y otros en los que se disfrutó de esa consonancia, de esa obra de arte total en que la música como hilo conductor supo y pudo acompasar lo demás.

De esa conjunción, de ese trabajo asentado y reposado año a año, dio cuenta también la Hermandad de la Esperanza. Con uno de los cortejos más extensos y compactos de la Semana Santa de 2023 se presentó la cofradía en la calle. Quedó de manifiesto que, a diferencia de lo que ha ocurrido en otros casos, los grandes eventos no han llevado a la hermandad a un profundo desgaste que haya resentido sus pilares. Al contrario, la cofradía parece haber tomado brillo y lustre con el acontecimiento de 2018, que llevó a poner sobre las sienes de la Niña de Santa Ana una corona de oro como prenda de la historia devocional de la imagen.

Nazarenos de verde antifaz devolvieron a Granada su Esperanza. Aquella que saliera de las manos de Risueño y que, al compás de los largos caireles de sus bambalinas, inunda la ciudad con su belleza. No se hizo esperar la bulla, que hasta de costaleros estuvo formada antes incluso de que la dorada crestería sorteara el arco renacentista de la puerta. No cabía un alma ni en la plaza de Santa Ana ni en Plaza Nueva cuando irrumpió su presencia. Revestía el enclave la imagen propia de los días grandes, cuando la voz popular clama y hace acto de presencia llamada por la espontaneidad sin necesidad de invitación ni cita previa.

Solemne momento que rompió en aplausos en el momento que los cuatro zancos volaron desde el suelo dando comienzo a la primera 'chicotá'. Instante en el que, armónicamente, arrancaban los músicos visueños con *Esperanza, Madre Coronada*, de Rocío Bracero. Atrás quedan esos compases que reclamaban tan ansiado título, encomendados a la partitura del maestro Braña, y que dan lugar a estos nuevos. Y de la inmóvil ciudad que



JVR



aguarda la salida del paso de palio a la que, itinerante, camina frente a él, recorriendo de espaldas la calle, con la mirada puesta en el rostro iluminado por la candelería ya de vuelta por la calle Elvira. Ineludible momento de cada Martes Santo.

Para ese entonces, el nazareno de la valiente zancada, Jesús del Gran Poder, afrontaba ya sus últimos momentos antes de regresar a su templo. Lo hacía después de haber culminado una soberbia estación, de esmerado trabajo, y sones de una banda que volvieron a dejar indelebles momentos para el recuerdo. Como los vividos en la plaza de las Pasiegas, cuando, reposado, se dirigía el nazareno de Ramos Corona hacia la Puerta de la Encarnación al compás de *En manos de Jesús*.

Cuando el día empieza a morir es cuando nace el Martes Santo en el Realejo. Cuando salía la cofradía por Santo Domingo, la luz todavía arreciaba ante fray Luis. Pero, antes de que la Soledad de Nuestra Señora abandonara la plaza, a la altura del Jerez, la presencia del sol estaba ya más que deslavazada. La noche y la penumbra de los callejones del Realejo abonaron una atmósfera espléndida para disfrutar y recrearse en todo lo efímero que consigo trae la presencia de la hermandad. Desde el pregón eucarístico del *Pange lingua*, por San Matías, a la evocadora *La Madruga* en la recogida del paso de Virgen, pasando por la morada flor que frisaba la canastilla del más humilde de los hombres y el brillo tintineante de los faroles que flanquean a María al pie de la santa cruz.

Granada quizá siga sin ser consciente del regalo que tiene con sus cofradías. Y especialmente, con esta: al saber conjugar un estilo tan propio como único y particular, al que jamás debe renunciar. El que te insufla el alma en cada cambio del misterio en Jesús y María a la emoción contenida en los párpados cuando perdido te hallas subiendo entre los claveles del calvario que alfombran la semblanza de la madre de todos los hombres.

La esencia se destila siempre en frasco pequeño. Decía el poeta que la ciudad de Granada tiene su encanto y el de todas las demás. Y, ciertamente, no le faltaba razón. Y no es cuestión de chovinismo ni de tener por receta el mirarse constantemente el ombligo, ya que, es más, si de algo parece adolecer Granada es, precisamente, de eso mismo. Granada contiene dentro de sí unas particulares circunstancias que en otro lugar no parecen concurrir: la luz, el aire, el ambiente, el paisaje y la sugestiva atmósfera que compone a base de cada uno de estos elementos.

Un eco que fascinó a los románticos que hasta aquí llegaron, seducidos por el orientalismo, o por sus genuinas tradiciones y legado, despertando en el costumbrismo la mayor de las fascinaciones. La Granada de los moros, la de los gitanos, la de la regia estampa y la



LQR



de la honda y sobria espiritualidad. Una Granada que, aunque diluida, pervive y resiste a los embates de la postmodernidad y que se mantiene a pesar de los efectos de la globalización cultural.

Una Granada indemne se deja ver en el rostro del Señor de la Amargura y en todo cuanto trae pareja. En la imagen de su paso, en la hechura de su túnica, en la forma de su cruz; en la composición de sus candelabros, en los perfiles del canasto; en su rutilante andar bajo la silueta de la Alhambra detenido por el rezo de las catorce estaciones que componen el vía crucis. Aquí, de verdad, radica y reside el alma de nuestro ser como cofrades, como hijos, herederos y depositarios de la piedad popular de todos los siglos. Aquella que ha quedado filiada a la oración y expiación de los fieles en las diferentes vías sacras que jalonaron el trazado urbano de Granada desde finales del siglo XVI.

El olvido ha borrado la conciencia. Y hoy, por mera tradición y costumbre, se celebra cada Martes Santo. No sé cuántos hermanos se sabrán protagonistas de una dignidad tal ni cuántos granadinos acudirán a ese acto de autoafirmación de su identidad religioso-cultural. En otras latitudes, todos sacarían pecho e irían en peregrinación hasta la Carrera del Darro para rezar las estaciones y acompañar por la cuesta del Chapiz a la hermandad, y regar con miles de instantáneas esos paisajes efímeros que cada año vuelven a la vida. En Granada, ese instante se reserva a unos cuantos. Ya lo decía San Mateo (22:14).



LIG



JVR



JVF



JVR







LO BELLO SOBRE LO BELLO

5 de mayo de 2023. Miércoles Santo. La Semana Santa de Granada no siempre empieza con las primeras horas de la tarde; ya mucho antes de que la primera cofradía esté dispuesta a dar inicio a su estación de penitencia, hay otros muchos instantes que se derraman sobre la ciudad.

No hablamos de esas mañanas únicas de chicoleo, en las que los cofrades van de arriba para abajo viendo los pasos puestos de flor en los templos y descubriendo los detalles que hay en cada uno de los altares de insignias. Ni mucho menos de esa mañana de *photocall* y alfombra roja que se tiende a los políticos, quienes, en año electoral, se afanan a codazos en pisarla con blanqueada sonrisa.

Es esa Semana Santa que no aparece en las guías turísticas. La que, con excepciones, nunca se retrata ni se recoge en los medios de comunicación. La que la mayoría ignora y desconoce, pero donde se escancia gran parte de ese ceremonial privilegiado que poco a poco las cofradías han ido componiendo. La que te permite descubrir lo que hay detrás, la que sería gran protagonista del *making of* de nuestra semana mayor. Esa que nace frente al Salvador cuando, después de un acto de comunión entre hermanos, lleva



al Santísimo Cristo de la Misericordia por las calles del Albaicín en una sencilla parihuela apenas revestida con una tela adamscada.

Esa que permite ver el rostro de aquellos mismos que, en estación de penitencia, precederán la mortecina figura de Cristo en la cruz. La que cada año, poco a poco, aglutina a un mayor número de fieles, dispuestos a dejarse llevar por las estampas que se recortan entre el tortuoso empedrado y hasta enfilan la Carrera del Darro hasta San Pedro. Momento solemne que culmina con el cántico de ese soneto atribuido a san Juan de la Cruz: «No me mueve mi Dios para quererte, / el cielo que me tienes prometido...»

Esa misma Semana Santa escondida y anónima que lleva a su pregonero hasta Santo Domingo, donde unas horas más tarde la Hermandad del Rosario se vestirá de nazarena. Un momento en el que la junta de gobierno recibió al periodista Luis Javier López, quien, como encargado de exaltar la semana mayor granadina, también contaba con el honor y responsabilidad de ponerse en la piel del procurador Poncio Pilatos para redactar el edicto con el que Cristo es condenado a muerte:

Yo Poncio Pilatos, aqui Presidente Romano dentro del Palacio de la Archipresidencia Juzgo, condeno y sentencio á muerte a Jesus llamado de la Pleve Christo Nazareno, y de Patria Galileo, hombre sedicioso de la ley Moysena, contrario al grande Emp.or Tiberio Cesar; y determino, y pronuncio por esta, que su muerte sea en Cruz, y fixado con clavos á usanza de reos, porque aqui congregando, y juntando muchos hombre ricos, y pobres; no ha cesado de mover tumultos por toda la Judea, haciendose hijo de Dios, y Rey de Jerusalem, con amenazarles la ruina de esta Ciudad, y de su Sacro Templo, negando el Tributo al Cesar, y haviendo aun tenido el atrevimiento de entrar con ramos, y triumpho, y con parte de la Pleve dentro de la Ciudad de Jerusalem, y en el Sacro Templo. Y mando á mi primer Centurion Quinto Cornelio lleve publicamente por la Ciudad á Jesus Christo ligado, y azotado, y que sea vestido de purpura, y coronado de algunas espinas, con la propia Cruz en los hombros para que sea exemplo á todos los malhechores: y con él quiero sean llevados dos Ladrones homicidas, y saldrán por la Pta sagrada, ahora Antoniana, y que lleve á Jesús al publico monte de Justicia llamado Calvario, donde crucificado, y muerto, quede el cuerpo en la Cruz, como espectáculo de todos los malvados; y que sobre la Cruz sea puesto el título en tres lenguas, y que en todas tres (Hebrea, Griega, Latina) diga JESUS NAZAR. REX JUDAERUM.

Sobre un pergamino quedaba todo recogido y enrollado. El pretor romano, al frente del paso de misterio del Santísimo Cristo de las Tres Caídas, llevó por toda Granada ese mismo mensaje, convirtiendo a la ciudad en una particular y circular calle de la Amargura, en la que Jesús transita, con la cruz a cuestas, camino del patíbulo. No lo hizo entre el escarnio del pueblo de Judea, sino entre los vítores y aplausos de una ciudad rendida, que reconoce a Jesús como su salvador. La cuadrilla del arte se encargó de dar testimonio



de todo ello, en un trabajo infinito y prodigioso que procuró deleitar a cuantos acudieron a ver al caído de Santa Isabel la Real.

Mektub. Estaba escrito. Tras el Señor no camina su legión blanca, porque todo pasa y todo llega, siendo lo nuestro pasar. Pero cada fin trae consigo la oportunidad de un nuevo inicio, el que poco a poco fructifica de manos de la Banda de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, quien continuó sublimando el característico andar que cada año concita a miles de personas al paso de la cofradía, deleitándose en ese complejo encaje que hilvanan con los pies quienes moran bajo la trabajadera: para el recuerdo la sucesión de marchas que se encadenaron desde la Mariana hasta pasada Puerta Real, con todas las posibilidades que ofrece este oficio.

Ni Ancha de Santo Domingo ni Carnicerías. La Hermandad del Rosario en este Miércoles Santo optó, valiente, por buscarle una solución a la configuración de la jornada, lo que una vez el pregonero, y hace más de una década de eso, vino a bautizar como el «lío del Miércoles Santo». El primer paso lo dio la cofradía al variar su itinerario, buscando la Cuesta de Aixa en el itinerario de ida, y recorriendo las callejuelas del barrio de la Virgen. Se facilitó la maniobra para el discurrir de la cofradía, de pujante cortejo, y asimismo se regaló para Granada un entorno tan inédito como maravilloso. La capacidad de mejora siempre está ahí, y obra en manos de quienes tienen capacidad de decisión. No radica en ello mérito, sino en la disposición de querer acometerla.

Si no, que se lo pregunten a la Hermandad de las Penas, que se ha transformado gracias a la voluntad personal de sus hermanos. La cofradía volvió a mostrar esa depuración estilística a la que hace unos años se sometió y que la ha llevado a ser uno de los puntos de referencia de la jornada. Las elegantes túnicas de sus nazarenos discurrieron por las calles a renglón seguido del último nazareno de la Hermandad de los Estudiantes, dejando ver a lo lejos las andas —ya casi históricas— del Señor de la Paciencia.

Arrimados al respiradero, y sintiendo la fragancia del rojo clavel que adornan los pies de ese Dios hecho en madera, hubo que morir. La Agrupación María Santísima de la Estrella, como lleva siendo ya casi desde tiempo inmemorial, en la trasera. *Oh, Pecador.* Delante, los Sabador. Y debajo, el alma rota de David Morente: «¡Olé las cuadrillas toreras! Para nuestras familias. Qué elegancia, Dios mío. Olé las cuadrillas que quieren a su Señor. Y ahora lo vamos a soltar con mucha finura. Puntito más. Así trabajan las cuadrillas del Realejo. Mirad qué maravilla de son. Y ahora lo vamos a recortar. Siempre arriba los kilos flotando. Podría ser de otra manera, Juanma, pero seguramente estaría mal hecho».



JMG



Sanctus. «¡Despacito! [dirigiéndose a uno de los jóvenes de la cuadrilla] ¡Qué orgullo ir con tu padre debajo del Señor, ¿eh? ¡Eso ya no te lo quita nadie ya! ¡Por vosotros dos está 'chicotá'! Alargamos el son con la marcha... ¡Por la gente que tiene la suerte de estar aquí debajo con sus hijos! ¡Qué bonito ir debajo con la sangre de tu sangre! Y la otra parte de la familia en el cortejo, de nazareno o con la mantilla. ¡Vaya familia bonita la Moles! Le vamos recortando poco a poco, nos quedamos aquí y nos vamos un poquito más. ¡Pedazo de Ganivet, señores! ¡Enhorabuena! Las puntitas fuera, los talones 'racheaos' y las piernas duras. No hay más».

Carnecita de gallina, como dijera el poeta gaditano. Pregón de espardeña y faja a la cintura, con el duende de Morente, que bien pudo ser Morante, y con el que perdimos en el horizonte al maniatado de Pablo de Rojas adentrándose en la Carrera Oficial. Y así, sin darnos cuenta, en la recogida hubo nuevos momentos para volver a disfrutar de ello, deleitando de todo cuanto arroja la presencia de esta magistral obra de arte salida de las ungidas manos del escultor alcalaíno. Por Pavaneras, María Santísima de las Penas encandiló con la finura de su rostro, adecentado por el oficio de Garví, y con el paso arriado se improvisó una saeta, la que Noelia Membrilla le cantó, ante la admiración de todos, justo antes de la 'revirá' con la placeta de los Girones. Porque en los regresos, con la tensión fuera y la voluntad de disfrutar, es cuando surgen los destellos del genio. Y así fue cuando, arriado de nuevo el paso, Jorge Mario Martín buscó entre la bulla a Dionisio Martínez, invitándolo a dar la 'llamá'. Sentida y emotiva, donde puso en valor el oficio del decano de los martillos, que tanto ha hecho por la costalería de su hermandad en las últimas décadas.

Con la noche cerrada sobre Granada, la Hermandad de los Gitanos subía camino del Monte. En la memoria aguardaba su llegada a la plaza de las Pasiegas, donde una joven, desde un balcón, se sumó al cante por Serrat, en la recordada saeta de Antonio Machado. «No puedo cantar, ni quiero, / a ese Jesús del madero, / sino al que anduvo en el mar». Aplausos del público al reconocer música y letra, ¿pero eran todos —quien cantaba y quien escuchaba— conscientes del contenido de aquellos versos, en los que el liróforo sevillano se niega a la veneración de la muerte de Cristo? *Chi lo sa!*

La corporación nazarena, una de las más populosas y que mayor atractivo concita por parte del visitante, procuró dar en su estación de penitencia la mejor de las imágenes posibles. Al decoro, que nunca falta, también le cabe la capacidad de adaptarse a las necesidades y exigencias de una Semana Santa que evoluciona a pasos de gigante. Y en ese ademán de pugnar para superar las propias circunstancias, la cofradía contó con el respaldo propio y que nunca falta, aquel que arropa y levanta pasiones al cruzar el Peso



de la Harina, cuando el fervor calé toma el pulso, entre vítores, cantes y hogueras. En una *Madrugá de canela y clavo*, el costumbrismo más cañí quedó desgajado en las siete cuestras que separan el camino de las cuevas de la abadía ilipulitana.

La capacidad de superación y de transformación tiene nombre propio en el Miércoles Santo. Y aunque no sea noticia, por el trabajo atesorado en la última década, sigue constituyendo un ejemplo y un espejo donde mirarse. Porque la Hermandad de los Estudiantes mantiene el mérito de ser un complejo manual de logros y aciertos, delineados gracias al esfuerzo y al trabajo, pero también al horizonte marcado por un firme y claro propósito.

Como la sangre martirial de los santos niños Justo y Pastor se derramó la cera roja sobre el asfalto. El compacto cortejo, de túnicas encarnadas, escapulario y antifaz blancos, dio la gran dimensión de la cofradía en la calle. Con el sol brillando sobre la plaza de la Universidad, irrumpieron los tramos que precedían al Señor de la Meditación. Flores moradas para la canastilla y notables ausencias en estos instantes: la tuna universitaria y los sones de agrupación musical, en pos de los de Jesús Despojado, que aun bien en su labor, contradijeron parte de la imagen acostumbrada.

Sobria elegancia en el andar del paso de María Santísima de los Remedios, quien protagonizó verdaderas e inmarcesibles instantáneas, como las que vinieron hilvanadas con *Amarguras* en esa 'chicotá' casi eterna que condujo a la Reina y Madre de los Estudiantes desde San Jerónimo hasta las plantas de la antigua colegiata de los hijos de san Ignacio. Convertido san Pablo, ¿a quién no le cupo rendirse a la conversión con una estampa como esta? Al menos hasta que irrumpieron inoportunos aplausos, el bombo cortó la marcha y llegó el momento del lucimiento artístico guitarra en mano... Y entonces la magia se vino abajo, lo mismo que un bizcocho al que le abren la puerta del horno antes de tiempo.

Lo bello sobre lo bello. ¿Cuántas veces no habremos escuchado a Miguel García-Almagro espetar estas palabras ante el palio de la Virgen marinera el Miércoles Santo? 'Cienes y cienes'... que diría aquel. Sin embargo, si cupo ver y descubrir la más excelsa belleza, fue perdidos en la recogida de la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Con el fragor de la noche, los miles de personas se dividieron entre un destino de preferencia y aquellos que salían de dentellar frugales avituallamientos buscando dónde ubicarse.

La sobria canastilla del Señor inundó de majestad cada centímetro del pavimento que recorría, imponiendo un silencio de gran calibre. Reposado y racheando, siempre



alumbrado en su camino por una de las túnicas nazarenas más exquisitas de cuantas componen la nómina de cofradías granadinas. Así llegó hasta una plaza carmelitana atestada, admirando la bella estampa que regalaba la cofradía en sus últimos instantes del Miércoles Santo, y ello aun cuando no se sucedieron las saetas, como tuviera lugar en otro tiempo.

Abrazado al paso de palio de la Virgen de la Merced anduvo un representativo número de cofrades que prefirieron abandonar lo popular de los barrios por lo selecto que trae consigo un fúnebre y solemne repertorio como el que dibujaron los músicos de San Sebastián de Padul. Con *Amarguras* llegó hasta la plaza del Carmen y, recuperando ese recorrido de antaño, regaló acuarelas que bien pudiera haber pintado David Roberts: con el paso de palio recortado entre el arco de herradura de la antigua alhóndiga gigida, presentándole el frente al arco conopial que se dibuja en el palacio de Abrantes. Desde entonces, los pupilos de Víctor Ferrer desplegaron toda la artillería: *Margot*, *Merced de las Descalzas* y *Virgen del Valle*, contestadas luego por aquellos sones que recuerdan a la parroquia hispalense de San Vicente, para concluir, en una última 'chicotá', con *El amor crucificado* de David Hurtado. Lo bello sobre lo bello, lo sublime sobre lo excelso.







JVR



LA GRANADA INMORTAL

Los refranes son un elemento constitutivo de la sabiduría popular. Categóricas afirmaciones en verso, algunas con rima asonante, que dicen el evangelio mismo. Los hay para todos los gustos y para todas las ocasiones. Y como muestra, un botón. Que tres días tiene el año que relucen más que el sol: Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión.

Y vive Dios que es verdad. Que así hubo tiempo de ponerlo de manifiesto al llegar el primero de los días de triduo sacro, en el que la Iglesia conmemora la institución del sacramento de la eucaristía, con la *cæna Domini*, y donde se lavan los pies a los menesterosos para revestirlos con la dignidad de príncipes, de hijos del Altísimo. Día del amor fraterno, cuando se deja atrás el morado penitencial y se abraza el blanco, color inmaculado de la piel del cordero que se inmola sobre la mesa del altar.

Volvió a repuntar el mercurio, regalando una cálida jornada que respetó hasta bien entrada la madrugada del Viernes Santo. Repuntó también la gente en las aceras, que, iniciando el calendario festivo, se echó sin reparo a la calle para arropar con su calor a las cinco cofradías que realizaron estación de penitencia. Cinco cofradías que dieron una sublime dimensión de sí mismas, refrendando la pujanza y nivel que alcanza la Semana Santa de



Granada, aun con sus destacados matices. Jornada que, fruto de las circunstancias y de las adversidades, dejó consigo momentos dignos de ser immortalizados a fuego en la memoria y en los anales.

Como aquellos que vinieron de manos de la Hermandad de la Estrella, encargada de fraguar una estampa tan inédita como irrepetible en su regreso hacia la iglesia de San Cristóbal. Y es que las obras previstas en la cuesta de la Alhacaba hicieron imposible que la cofradía tomara esta vía para retornar al barrio una vez completaron su estación en la Iglesia Catedral. Las voluntades técnicas y municipales hicieron inviable esta posibilidad, por lo que la cofradía, con temor y recelo, hubo de resignarse a optar por una alternativa capaz de hacerle completar su recorrido en el menor tiempo posible y por el camino más corto; obviando, por tanto, opciones como la Carrera del Darro, al deber esperar allí a que transcurriera la Hermandad del Silencio. Las posibilidades se ceñían a buscar la Acera de San Ildefonso una vez sortearan la puerta de Elvira y, desde ahí, afrontar la cuesta de San Antonio para desembocar en la carretera de Murcia y, una vez allí, acceder a Larga de San Cristóbal.

Inhóspito recorrido, lejos del tránsito cofrade, que auguraba una desangelada recogida para la hermandad, atravesando tramos realmente complejos desde el punto de vista costalero, con el firme vencido hacia la izquierda en algunas de las curvas del tambor. Espacios abiertos que, dentro de las lógicas previsiones de la noche granadina del mes de abril, auguraban frío a espueñas. Temor justificado, desde luego.

Pero nada más lejos de la realidad. Una agradable temperatura propició que el cortejo se mantuviera firme y sin renunciar a su puesto. La ausencia de viento respetó la candelería hasta en los momentos más comprometidos, todo aun cuando algunos cañeros prefirieron mantenerse en un discreto cuarto plano. Y donde Granada dio su dimensión más cálida y próxima, arrojando a la cofradía y convirtiendo aquel momento en una verdadera experiencia para los sentidos.

Los músicos de la agrupación dieron el ciento por uno y se volcaron acompañando el andar de su Cristo: ya en Elvira, donde emularon un nuevo Domingo de Ramos, al dejar tras el Hijo de Dios los sonos de *Niños hebreos* y *Entrando en Jerusalén*; ya en la cuesta de San Antonio, donde se afrontó una larga 'chicotá' que transcurrió con clásicas partituras que cada año forman parte de la Alhacaba: *Resucitó*, *Alma de Dios*, *Creo en Jesús*...

No le fue a la zaga el palio de María Santísima de la Estrella, que, en un alarde de oficio, sorteó las dificultades propias de esta empresa. A la voz de Palacios García, la



cuadrilla anduvo solvente conduciendo a la dolorosa de Dubé de Luque hasta las plantas del mirador de San Cristóbal, donde hubo momento para el chisgarabís, con bengalas y confetis por parte de algunos vecinos que no quisieron perder la oportunidad de rememorar una Semana Santa que fue y que, por fortuna, ya no es.

Pero cuando la hermandad anduvo sus últimos pasos, en torno a las tres de la mañana, poco quedaba ya en el tintero. Se había derramado todo el Jueves Santo dejando tras de sí las más bellas estampas que cabía imaginar. Se cumplían ya casi doce horas desde que la Hermandad de la Redención se dispusiera, desde el Zaidín, para realizar su estación, poniendo la cruz de guía cual pica en Flandes. La deslumbrante taracea de tan bella joya actuaba de faro para los nazarenos de negro y azul. Salió a Granada, entre *anthuriums* rojos, el Cristo del largo sudario para llevar la redención a los hombres y mujeres de buena voluntad.

Se habían discurrido apenas unos metros, los que separan la capilla de la reja que limita el compás de María Auxiliadora mientras sonaba la Elevación de Campo de Criptana, cuando a los pies del Señor arrancó a cantar un grupo de angelicales voces que se sumaban a la partitura de *Caído del Amor*, marcha de Juan Gabriel Amores. Emotivo y evocador instante para el inicio de una estación que no hacía sino empezar. Como también lo fue reencontrarse con la fuente de salud que emana del paso de palio de la dolorosa de Israel Cornejo.

Elegante y sublime se presentó la imagen, en su vestimenta y aun en su adorno floral, cuidado y propio de la esencia del barrio. No habían asomado las primeras varas de alhelí cuando los pupilos del maestro Elvira arrancaron con *Redentora y Salesiana*. Otro momento de pellizco, que anudó la garganta a más de uno, muy especialmente cuando aquellos mismos niños que habíanle cantado al Cristo de la Noche Oscura lo hacían ahora a la Virgen de la Salud, con la letra que José Carmelo Jiménez dejó en los compases finales de su obra: «Salve, Salud, reza por mí. Salve, reina redentora, madre del Zaidín».

Dulzura que sazonó el acento de toda una tarde, dilatada hasta la madrugada. La cofradía alcanzaba a afrontar meritoriamente uno de los más exigentes itinerarios de toda la Semana Santa, dejando tras de sí el reconocimiento de una Semana Santa plenamente orgullosa de sus cofradías. Cuando volvía a María Auxiliadora la cofradía, hacía también lo propio la Hermandad de la Aurora, que se disponía a coronar un Jueves Santo resplandeciente.





La cofradía de San Miguel bajo había iniciado su estación a las seis de la tarde, envuelta por la magia y la expectación que solo esta corporación nazarena es capaz de concitar. Bien podría decirse que la hermandad atraviesa un momento dulce, que el viento le sopla a favor, y eso hace que todo ello resulte más fácil. Y, en cierta medida, puede que así sea. Pero no todo es cuestión de azar..., o al menos no es un azar improvisado. Es una suerte y una fortuna cultivada en el día a día, en las pequeñas cosas y los sutiles detalles. Un clima propicio que ha ido consolidando a sus hermanos y atrayendo a otros tantos nuevos, que se acercan con verdadero y sincero fervor hasta las plantas de María Santísima de la Aurora.

Trabajo de hermandad, quedo y sostenido, que permite que a la llamada de un nuevo Jueves Santo se venza todo obstáculo y decidan los suyos vestir la túnica para acompañar a Nuestro Padre Jesús del Perdón, a vestir la mantilla para alumbrar el camino de la Virgen del palio blanco. Y presentar así un cortejo mayúsculo, impecable, de incontestable estampa; capaz de cruzar el Albaicín de capirotos blancos y luctuosos velos sobre la cabeza de sus hermanas.

El prodigio costalero de los halconeros del Perdón quedó de manifiesto en cada 'chicotá', pero dignas para el recuerdo son aquellas que acompasaron al paso de misterio desde la placeta de San Juan de la Cruz hasta bien entrado San Matías, cuando la cofradía buscaba el inicio de la Carrera Oficial. Para ese entonces, el paso de palio aún se deslizaba entre la multitud de una Granada que abarrotaba la Plaza Nueva. Mismo lugar en el que Granada esperó su vuelta para despedirla antes de que se adentrara en el Albaicín, ya con la calle de la Cárcel a oscuras, al compás de *Pureza marinera*.

Para la memoria quedará la 'revirá' con Soleá, dame la mano hasta San Gregorio, con un silencio atronador que consiguió enmudecer, por un instante, los vítores sucesivos a la Virgen de la Aurora. Devoción que se desbordó, y con razón, al sonar *Rosario de Montesión* y aun *Esperanza de Triana coronada* antes de que enfilara, a tambor, los Grifos de San José. La bulla se apretaba ante la dolorosa granadina, disfrutando de esos momentos únicos que regala la noche del Jueves Santo en el epicentro del Albaicín.

El negro imprime carácter. Al menos así acostumbra a ser. La presencia de las hermandades de túnica negra, espigado capirote y cirios al cuadril son capaces de componer un respeto y saber estar entre las filas —pero también en el público— que difícilmente otras cofradías consiguen, aunque también las hay. En gran parte, el color imprime parte de esa identidad y seriedad, que se contagia y se transmite.



No obstante, también hay otra suerte de factores y componentes que confluyen y que no son menos importantes. Creerse el sentido, el estilo y la entidad que la cofradía posee y quiere trasladar. Es entonces cuando, de verdad, se estrecha el lazo y surgen esos momentos de los que tan huérfanos se halla Granada. Instantes en que la cofradía no tiene por qué ser aplaudida, sino recibida con un solemne respeto, acorde con la elegancia y la majestuosidad del momento.

Muchos de esos destellos, poco a poco, los va recogiendo la Hermandad de la Concepción, que en este 2023 dio un verdadero aldabonazo sobre la mesa. Si bien es un camino de no retorno emprendido hace ya casi una década, es ahora cuando empieza a madurar y recoger sus más abundantes frutos. Como se apuntó desde la propia corporación, la hermandad ha afrontado durante este último año un crecimiento como el que nunca se había registrado en la historia de la cofradía; algo de lo que da una dimensión exacta su puesta en la calle.

Una escenificación, si se permite la palabra, tan cuidada como precisa: de elegante, compacto y bien dispuesto cortejo, al que se sumó el buen trabajo de los nuevos capataces, que consiguen marcar un hito en su propio haber, haciendo andar a ambos pasos como nunca antes se había hecho. Todo ello bajo un repertorio cada vez más consolidado y un gusto por cuidar el detalle al máximo, como el que permitió llevar a tres componentes de San Sebastián de Padul a la delantera del paso de palio, al entrar a la Catedral, y escuchar en el tránsito de María Santísima de la Concepción por el interior de las naves, entre el tintineo de las campanillas de sus varales, las *Saetas del Silencio* de Francisco de Paula Solís.

Solemne momento para iniciar un Jueves Santo, como también lo fue el instante que dio el broche de oro al día, discurriendo ya las primeras horas del Viernes Santo. Un ronco tambor, aguardando a las puertas, venía buscando al rey de los cielos, y tras él se abría un lúgubre cortejo de cirios tiniebla al cuadril. Un cortejo que había partido, a oscuras, sumido en las tinieblas de la noche, desde la iglesia de San Pedro y San Pablo.

La expectación por la Hermandad del Silencio en su estación de penitencia volvió a ser una de las notas sobresalientes de la jornada, abrigando a la ida las orillas del Darro; arropando a los nazarenos que sintieron el calor de un pueblo que reconoce la belleza que hay en la dulce muerte del Santísimo Cristo de la Misericordia. Cuatro hachones servían para alumbrar la silueta de Dios en la cruz, mientras miles de flashes destellando en la noche perpetuaban la imagen de aquel instante en el fuero personal de aquellos fieles que acudieron a reencontrarse con la muerte y la salvación.



Los nazarenos del silencio, sin la numerosidad de otros tiempos, llegaron hasta la Catedral para realizar su estación y orar allí junto al pastor de la Iglesia de Granada. Lo hicieron sumidos en el mutismo sellado de sus labios y en aquel que hizo también enmudecer a quienes asistieron desde la acera. El recogimiento, a altas horas de la madrugada, se hizo cada más latente a medida que el mercurio descendía, regalando un frío abrasador que apenas mantuvo fiel a quienes con tanto fervor habían esperado al Señor en su salida.

El frío puso a prueba la fe a las orillas del río, cuando de madrugada recorría de vuelta el Cristo de la Misericordia el petril del Darro buscando de nuevo el templo. Ecos de una Semana Santa inmortal, que perdura y pervive abrazada a una devoción centenaria.



AO



JCM



JVR



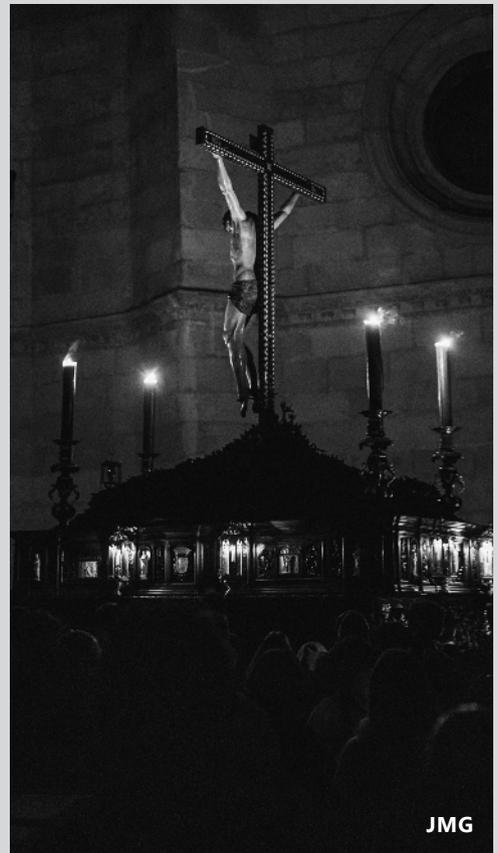
JVR



JMG

JUEVES SANTO

0:







LA NOCHE DEL PARASCEVE

La muerte del Hijo de Dios supone, para los cristianos, la culminación de la historia de la salvación. El acto de mayor generosidad jamás hecho. El acto de entrega más sincero y trascendente de cuantos han tenido lugar en los siglos. El punto exacto en el que, material y físicamente, un dios hecho hombre se inmola para la redención del género humano. Ese salvífico holocausto que completa el ciclo soteriológico, que culmina el sacrificio que detuvo la mano del ángel antes de que Isaac acabara degollado por su padre.

Esa oblación pura y perfecta que libró a los hombres de la condenación y de la muerte, y que Dios aceptó igual que los dones del justo Abel y aun los del sumo sacerdote Melquisedec. Esa misma que, desde entonces y hasta hoy, se actualiza, renueva y perpetúa en augusto sacramento del altar.

El Dios de los designios de la historia —el que fue, el que es y el que será— que se encarnó de las entrañas purísimas de la Virgen, que devuelve la esperanza desde el árbol santo de la cruz. El Dios santo. El Dios fuerte. El Dios inmortal. El Dios que hecho de piedra atiende a las súplicas de su pueblo, concediéndole su gracia y su favor, después de haber expirado a las orillas del Genil. El Dios que consuela a los que se afligen, después



de haber aceptado su buena muerte al pie del Gólgota. El mismo Dios que, descendido y sepultado, aguardará en las entrañas de la tierra para triunfar con gloria sobre el reinado de la muerte, la oscuridad y las tinieblas.

A las tres de la tarde. A las tres en punto de la tarde Israel García anunciaba a los cuatro vientos que todo estaba cumplido, que el corazón de Cristo se paraba. Que no había estado llamando a Elías, que en su último hálito se había encomendado al Padre y se disponía a enfrentarse a la muerte en singular batalla. El silencio del pueblo, arrodillado ante la cruz, enmarcaba tan solemne escenario.

Miles de personas, con la mirada puesta en la cruz de piedra del Campo del Príncipe, adoraban a Cristo muerto y crucificado. Una imagen perfilada entre los espigados capirotos de los nazarenos de Jesús Cautivo, de la Hermandad de los Favores y de la Hermandad de la Humildad, quien iniciara esta tradición nonagenaria. El alma de Granada hilvanada a esa devoción secular que ora en silencio al llegar la Hora Nona.

No quiso faltar a la cita el prelado, don José María Gil Tamayo, quien, con hábito talar y la cruz del sagrario catedralicio al pecho, habló desde esa tribuna por primera vez en su pontificado. Palabras escuetas pero cargadas de unción y profundidad. Oración del pastor al pastor eterno:

Cristo de los Favores, adoramos las llagas de tus pies y manos, y la sangre que por ellas derramaste. Te pedimos perdón de los pecados que hemos cometido por los malos pasos que damos a diario en nuestras vidas, por la tibieza con que recorremos tu camino. Por las barreras que, de continuo, ponemos a tu amor. Por nuestras cobardías y abandonos. Por nuestra falta de fe, de sinceridad y entrega a los demás. De amor.

Concédenos, Cristo de los Favores, la gracia de caminar siempre por el sendero de tus mandamientos, para que así podamos hacernos dignos de tu vida y de tu sacrificio consumado en la cruz. Amén.

La tarde del Parasceve dejaba en Granada el retrato de imágenes imperecederas, como la de ver el paso de la Soledad de Nuestra Señora sorteando el callejero del Realejo para presentarse ante el Cristo de los Favores y conformar ese *Stabat Mater* tan únicamente nuestro. Una riada de gente descendiendo tras ella para buscar otros puntos y ubicaciones con las que dotar de vida al Viernes Santo.

Desde la avenida de la Constitución aguardaba la hora la Hermandad de los Ferroviarios para ponerse en camino. Un itinerario penitencial que habló también de todo ese trabajo y esfuerzo interno por sobreponerse a las singulares circunstancias que le rodean;



luchando por dejar atrás tortuosos senderos y afrontar una línea más certera y próxima a lo que hoy en día parece ser el espíritu de la Semana Santa granadina. Del tesón y empeño que llevan puesto dio cuenta el cortejo que la corporación consiguió poner en la calle: aumento considerable de parejas de nazarenos en las filas, como también de hermanas luciéndose con la mantilla española.

El primero de los pasos, el del Santísimo Cristo de la Buena Muerte, discurrió a los sonos de la Banda de Jesús Despojado, que inició la jornada con las partituras de *Cristo del Amor*. Primera de las 'chicotás' que permitió al crucificado de Díaz Fernández asumir valiente los primeros metros del bulevar, siguiendo los pasos del torero de Churriana que se aposta a las puertas de la capilla de salida, entre la frondosa arboleda que jalonan las aceras, y con el frontal mirando hacia la sierra, el cerro de San Cristóbal, la bandera nacional y la monumental cabeza del Gran Capitán. Poco a poco, Granada visualiza el conjunto escultórico, con la figura de María Magdalena de hinojos ante el Señor, y esperando el resultado de todas aquellas nuevas imágenes que no sabemos en qué futuro, más o menos próximo, poblarán el calvario, hoy alfombrado de flores moradas.

Particular homenaje de los costaleros del palio de Nuestra Señora del Amor y del Trabajo al maestro Pedro Morales en la salida, regando el primero de sus trabajos con la melodía de *Virgen de Montserrat*. Y aunque se echó de menos la apuesta de Álvaro Abril por haber presentado a la dolorosa como había hecho en el besamanos, así como en la pintura que recreaba el cartel oficial de este 2023, no hubo quien no quedara prendado del bello rostro de una de las mejores imágenes marianas de cuantas nutren la escultura devocional granadina.

Gran acierto de la hermandad, en cualquier caso, en la presentación estética de esta «máquina de la belleza»: desde la vestimenta al arreglo floral de jarras, violetera, frisos y esquinas, así como el fino y elegante andar que trajo María bajo su negro palio, de flecos y cristalitos, y una crestería que luce con nítida personalidad.

Y aun siendo la primera en ponerse en la calle, no fue la encargada de inaugurar en este Viernes Santo la Carrera Oficial. Tal honor lo tuvo la Hermandad de los Escolapios, quien consolida el cambio de horarios de la jornada tras renunciar a su antigüedad. La cofradía intentó mantener la solvente imagen con la que concurre en su presentación, la cual, aun con matices, no rayó en las cotas de excelencia que otrora hiciera. Qué duda cabe de que el rostro es el espejo del alma, como también lo son la impronta y las sensaciones que se transmiten: sin ese *je ne sais quoi* con el que se ha venido a manifestar otros años. Quizá fuera que las filas no quedaron tan compactas como acostumbraban, o el





anodino movimiento de las bambalinas del paso de palio de la Reina de Roma, o que la cruz de guía no supiera por dónde andar y se equivocara en el itinerario de vuelta. Esos pequeños detalles que, a veces, sí marcan la diferencia.

Un aire de intrascendencia que obvió en algunos momentos para el auténtico recuerdo. Como la imponente 'chicotá' que protagonizó el Santísimo Cristo de la Expiración a la entrada de la Carrera Oficial; levantando a la altura del Chikito y no arriando hasta pasada Puerta Real de España. Un prodigio del trabajo de los pupilos de Agustín Ortega, con andar reposado y al abrigo de un repertorio musical que hilvanó los clásicos de todos los tiempos y que el respetable no fue capaz de percibir. En esos momentos, los cofrades de las tribunas ¿exactamente adónde miran?, ¿están allí solo para comer pipas?

De vuelta, por el puente, la Virgen del Mayor Dolor regaló estampas de gran sabor. El cuidado repertorio, con marchas de primer nivel, y el buen hacer de los músicos de San Isidro de Armilla propiciaron que la recogida de la cofradía, aun fuera de horario, constituyera uno de los grandes broches de jornada. Con ese guiño echado hacia el busto del padre Enrique Iniesta, quien tanto hiciera por esta corporación, a los sones de *Virgen de Andalucía*; o cuando, cerrándose las puertas del templo, arrancó *Mayor Dolor* con la iglesia a oscuras y la mirada de los nazarenos, ya descubiertos, puestos en el rostro de la dolorosa de Álvarez Duarte.

Más apretada y escandalosa fue la bulla que acompañó a María Santísima de la Misericordia en las entrañas del Realejo, cuando desde la calle Huete y en adelante se sintió el alma del barrio ante las plantas de la 'Greñúa'. Inconfundible sonido el de los caireles de las bambalinas chocando contra la fina orfebrería de los varales, con la candelería hecha un ascua de luz y a los sones de la Esperanza de Córdoba, que volvía a Granada para dejar lo mejor de sí tras el manto rojo de la Virgen morena de San Cecilio.

Imponente cortejo el que trajo este Viernes Santo la Hermandad de los Favores, tiñendo de negro y granate terciopelo las calles de Granada. Acuarela de los mejores matices, que quedó refrendada con la majestuosa presencia del Cristo de los Favores, espigado sobre su monte de clavel sangre de toro. La elegancia materializada sobre una canastilla de pan de oro y el elegante cimbreo de los cuatro guardabrisas que enmarcan los perfiles del bello crucificado del último Quinientos granadino.

Y es que, sin duda, la noche del Parasceve es una espléndida oportunidad para conocer y reconocer algunas de las más valiosas imágenes de cuantas procesionan, en Semana Santa, en Andalucía. De la escultura contemporánea, pero también de toda aquella que





se alumbró desde el siglo XVI y hasta mediados del siglo XIX. Solo había que echar cuenta del mérito artístico que encierran piezas como el Cristo del Descendimiento o esas dos absolutas y rotundas joyas, cada una en su forma y estilo, que suponen nuestras soledades.

Sin embargo, por muchos motivos su presencia se deslaza en el ambiente, se desfigura entre el reconocimiento y la consideración de los cofrades. No por la categoría de las imágenes, sino por las circunstancias que las envuelven y determinan. Y es que, a pesar de los importantes logros que la Hermandad de la Soledad va realizando, con paso lento pero firme, sigue sin ponerse a la Virgen de la Soledad de Santa Paula en el lugar que le corresponde. Y nada tiene que ver con el ambiente festivo que inspiran las chías — icono tan personal como imprescindible de nuestro yo cofrade— entre los gritos de la chiquillería; sino con aquellos elementos que, por más que se ensayan, siguen resultando ajenos a los códigos visuales de la piedad popular andaluza. Ustedes me entienden.

Y qué decir de aquella que, arrogada del título de oficial es, oficialmente, una de las hermandades que está llamada a la más profunda y sosegada reflexión. Analizar de dónde vienen —y ahora más que nunca, a las puertas del centenario— y ver hacia dónde irremediablemente se dirigen. La seriedad y la unción en la calle no las dan la túnica negra ni tampoco la ausencia de bandas tras los pasos. Las dan la capacidad de imprimir, por medios propios, el carácter particular en la puesta en la calle. Configurando y conformando el cortejo sin depender de agentes externos, como las representaciones; presentando ambos pasos con el decoro que la actual Semana Santa demanda.

Tampoco ayuda, claro está, que el tío del bar —el mismo que llena su local gracias al paso de las cofradías— se dedique a sacar el contenedor de los vidrios justo en el momento en que la cofradía pasa por delante, contribuyendo a su deslucimiento. Ni que quienes han de tomar decisiones prefieran poner el foco en los demás, antes de en sí mismos, para ver cuáles son las demandas y necesidades reales de la cofradía. Pero como eso es harina de otro costal, cabrá dar cuenta de cómo la mejor dolorosa de toda Andalucía, gloria y honor de la mejor escultura devocional de todo el Barroco europeo, volvió a salir a las calles. Haciéndolo con el anhelo y deseo de todos los cofrades de encontrar un espacio mejor en el que disfrutar de este verdadero icono que es Nuestra Señora de la Soledad en el Calvario.









ELLA

Granada es una de las pocas ciudades que, durante el Sábado Santo, cuenta con la oportunidad de ver por sus calles transitar una cofradía. Las hay que acogen varias, e incluso de tanto en tanto celebran actos multitudinarios que congregan el interés y la atención del mundo cofrade. Pero también las hay, como en el caso de Granada, que con la sola presencia de una talla son capaces de acaparar toda la atención, de recabar todo el interés y dirigirlo hacia ella: esa imagen sentada sobre un risco de madera, cubierta con un lígneo manto azul, sosteniendo sobre sus manos el hijo yerto, fruto del mejor leño de cuantos alumbró esta tierra.

La Hermandad de Santa María de la Alhambra volvió a tomar los últimos pulsos a una Semana Santa que, sin apenas darnos cuenta, empezaba a escapárenos de las manos. Volvió a llamar a las puertas de la conciencia, recordando lo efímero del tiempo y de las cosas. Que siendo tan esperadas y añoradas, pasan sin remedio. Sin que nada podamos hacer para evitarlo. Porque ya lo dijo el poeta, «lo nuestro es pasar».

Pasó ante los ojos de Granada el séptimo día de la Pasión y Muerte de Cristo, víspera de la ansiada Resurrección. Pasó ante las puertas de la iglesia de Santa María de la Encarnación



LIG



esa llave que todo lo abre y esa mano que todo lo cierra. Esa llave que vino de manos de José Antonio Gámiz, hermano mayor de la Borriquilla, dispuesto a dar clausura a la última de las cofradías pasionistas de la Semana Santa de Granada. Esa mano que con sus cinco delicados dedos recoge las macilentas huellas del hijo de sus entrañas: ¡el más poético de los dolores que jamás se haya visto!, ¡la más lírica de las angustias jamás salida de una gubia!, ¡la más maternal de las caricias!

Sinfonía estética que cobró vida a las seis de la tarde. Se puso la cruz de guía más lorquiana en la calle, a las seis en punto de la tarde. Y todo fue un río de nazarenos, de marfileñas túnicas y azuladas capas, a las seis en punto de la tarde. Pero no fue, ni mucho menos, una elegía ni un canto fúnebre. Fue un épico poema que devolvió a Granada el bello conjunto escultórico de Ruiz del Peral, sorteando las estrecheces de la Puerta de la Justicia. Alumbrando el bosque romántico que se alfombra entre el pilar del emperador y la Puerta de las Granadas.

Y así, la hermandad tuvo la oportunidad de obsequiar la jornada con uno de los más logrados conjuntos florales de cuantos han vestido nuestros pasos, recuperando los acertados tonos morados. Delicado vergel para la Virgen de las Angustias, que siguió manteniendo —y no sabemos exactamente por qué— ese artificioso alumbrado de su canastilla, que resta solemne presencia a tan delicado trabajo de orfebrería. Lo mismo que un repertorio musical que, si en otros momentos pretendió ceñirse al sentido iconográfico del misterio y carácter litúrgico de la jornada, volvió a causar la admiración —¿o la extrañeza?— de muchos.

Estas notas, quizá discordantes, no impidieron continuar descubriendo en la Hermandad de Santa María de la Alhambra un inagotable baluarte de imágenes y estampas del mayor granadinismo. Porque, al igual que la imagen a la que la cofradía da culto constituye un elemento de referencia en la escultura de nuestra tierra, el itinerario y los enclaves por los cuales transita son también una brújula para la identidad de nuestra Semana Santa: esa que transita entre la tradición nazarí y el espíritu cristiano; esa que bebe de la cultura andalusí y se transforma en el más sólido exponente del pensamiento occidental, haciendo de Granada la Jerusalén celeste. Una *christianopolis*. Una ciudad de Dios.









EL DIOS DE LA VIDA

Cuando María Santísima de la Alhambra aún procesionaba camino del recinto nazarí, el fuego había alumbrado, al caer la noche, todas las parroquias de Granada. Los fieles, en silencio y a oscuras, se concentraban en torno a los braseros. Entre las ascuas encendidas, el párroco, con blancas ropas, consagraba un nuevo cirio pascual: «Cristo, ayer y hoy. Principio y fin. Alfa y omega. Suyo es el tiempo y la eternidad. A él, la gloria y el poder por los siglos».

El Hijo del Hombre dejaba el sepulcro, abandonaba el regazo de Abrahán y ascendía glorioso del abismo. Cristo, primicia de los muertos, se convertía en un Dios de vivos para que, con él, vivamos también nosotros. Firmes en la fe, los fieles eran arrancados de las tinieblas y los pecados del mundo, quedando restituidos a la gracia y conformando un solo cuerpo junto a todos los santos y santas de Dios. Porque, ¿de qué nos habría servido haber visto y disfrutado de las miserias de este mundo si por Pasión, Muerte y Resurrección no hubiéramos sido rescatados de tanta iniquidad?

Abiertas de par en par las puertas de la gloria, era de justicia que Granada saliera a festejar junto a toda la Iglesia militante el triunfo de la luz de las tinieblas, la alegría de la



nueva Pascua. Y resulta imposible olvidar la cita de una celebrada homilía del recordado ignaciano Hermenegildo de la Campa: «Granada es más santa y más cofrade que ninguna otra ciudad de Andalucía. Porque mientras en otros lados, después de la Soledad se van directamente a los toros, aquí anunciamos hasta por tres veces la Resurrección de Cristo».

Fue tal que así como amaneció el noveno día del mes de abril. Entre campanas echadas al vuelo, el abrazo de los cofrades y cristianos felicitándose la Pascua y tres cofradías descontando minutos para realizar su estación de gloria aun vestidos de nazarenos. La primera de ellas —que, aun saliendo a las calles y recorriendo la Carrera Oficial, no necesita de venia de la Real Federación— vino envuelta de la alegría, la jovialidad y la dulzura que destila la cantera más fructuosa de nuestra Semana Santa, aquella que se abraza al peso de la trabajadera del Dulce Nombre de Jesús.

Campanillas de barro repiqueteando por las aceras anuncian que ese Jesús hecho niño convierte la cruz del martirio en el instrumento de la gloriosa redención. Desenfadado cortejo que abre el tiempo de las glorias andando a los sonos de su agrupación musical y que protagonizó momentos de verdadero pellizco, como la ubérrima lluvia de pétalos que descargó desde el cielo del Realejo cuando las andas, al paso de Ancha de Santo Domingo, sorteaba los últimos metros antes de llegar de nuevo a su templo.

Una gloria que rezumó a las puertas del Sagrario cuando irrumpió el paso de misterio del Señor Resucitado. Misterio de la fe que, al compás del florido almendro, transitó por las calles con una gran expectación, aquella que hace soñar en el preciso momento en que la cofradía afronte sus nuevas andas procesionales. Un sesudo trabajo que permitirá culminar ese gran proyecto de renovación en el que se hallan sumidos sus hermanos y del que se empiezan a cosechar sus primeros frutos: duplicando el número de hermanos en filas y aportando un cortejo de notorio semblante. Bien armado, elegante y capaz de hacer lucir a una jornada como esta, que consiguió invitar a cientos de personas en las tribunas de Ganivet, las cuales, si otrora presentaron una desoladora estampa, esta vez registraron una saludable entrada para disfrutar de la última cofradía en pedir su venia ante el palquillo federativo.

Gran trabajo el que realizó la cuadrilla de Dionisio Martínez al frente del paso de misterio, que anduvo con solemne porte, dejando verdaderas ‘chicotás’ para el recuerdo. Como parte indispensable de aquel cuadro esbozado, el acompañamiento musical que un año más protagonizaron los blancos cascós de Jesús Despojado. Excelencia con la que coronar un Domingo de Resurrección y una Semana Santa para el recuerdo.



Peregrina se volvió Granada pasado el mediodía, cuando cientos de cofrades terminaron por echarse a la calle para acompañar en el regreso a la Hermandad de la Resurrección tras haber realizado su estación ante el Santísimo Sacramento en el interior de la Catedral. Los nazarenos de sarga blanca sellaron la última estampa de una Semana Santa que, poco a poco, empezaba a difuminarse y pasaba a convertirse en un nostálgico recuerdo. Apostados tras la cruz de guía, las parejas de hermanos se sucedían con sus cirios encendidos, como una prolongación de aquel canto vespertino que invitaba a clamar la nueva luz de Cristo.

Y en ese sentido eminentemente pascual y litúrgico, la cofradía volvió a destacar portando consigo el cirio que habrá de presidir las celebraciones hasta el domingo de Pentecostés. Esa luz que recordará la presencia del Señor a los catecúmenos en el día de su bautismo, y a los muertos en el día en que crucen los umbrales de este mundo para encontrarse con el Padre. Luz que deslumbró en el Domingo de Pascua, proyectándose sobre la dorada canastilla que trabajó las marchas de la Agrupación Musical María Santísima de la Estrella con oficio: con los cambios que sugiere un acompañamiento como este y el carácter propio de una jornada como la que se vivió.

Sin embargo, Granada quedó prendida al último paso de palio. Al de Santa María del Triunfo. Por calle Primavera irrumpía la bulla que antecedió al respiradero, dispuesta a recrearse en las últimas notas de una Semana Santa que, ahora sí que sí, llegaba a su final. Como si ese momento nunca quisiera alcanzarse, el paso de palio rompió hacia adelante cuando el último varal a punto estaba de cruzar el interior de San Miguel. Cerrada ovación que se enmarcaba bajo las notas del maestro Barros Jódar. Así se despedía todo. Así culminaba aquello mismo que ocho días antes había empezado y a lo que ahora tocaba dar punto final.



JMG



MCK



AOE

MEMORIA GRÁFICA DEL



DOMINGO DE RESURRECCIÓN ☪





JMG





JMG



LA OTRA SEMANA SANTA...

LA IGLESIA ES MUJER

A vueltas con la polémica que se suscitó en relación con el monumento de la Semana Santa, propuesto por la asociación de exhermanos mayores Corpus Christi, sobre si, al aparecer sentada en una silla de anea la mujer con su mantilla, suponía dejar su figura en un plano subsidiario —como si supiéramos que el nazareno, con su carita tan anónima y discretamente tapada, es un hombre...»—, hubo tiempo para pensar y valorar el papel que el sexo femenino juega dentro de la vida activa de las cofradías.

En una Semana Santa como la nuestra, que tanto ha trabajado por los derechos de la mujer y la paridad en todos y cada uno de sus segmentos, se produce la asombrosa realidad de contribuir conscientemente hacia la discriminación positiva. Una Semana Santa que tantos techos de cristal ha roto, desmenuzando prejuicios y constructos sociales para dejar que cualquier persona, independientemente de su sexo, alcance dentro de su propia hermandad aquellos puestos de responsabilidad que considere para sí. Y, con ello, poniendo a la mujer en un espacio preeminente como en ningún otro lugar parece haberse dado, sellado bajo el signo de la paridad y la equidad: haciendo historia al calzar la trabajadera a hombros y a costal, al comandar martillos, al montar altares de cultos y





pasos, al conformar un cuerpo litúrgico e incluso al situarse al frente de un paso de palio para encender la candelera de su virgen.

Espacios conquistados y normalizados, que sitúan a la mujer en un estatus de plena integración, pero que contrastan con ese esforzado empeño de rechazar un derecho propio como es el de vestir la prenda que a todos iguala, que a todos marca con el mismo rasero, sin distinciones, sin concesiones de género. El que no distingue, el que te hace anónimo a los ojos de todos. La túnica nazarena. Esa prenda que muchas mujeres, deliberadamente, prefieren obviar en pos de la mantilla: prenda de gala, sí, pero no instrumento de penitencia como sí lo es la túnica, el capirote y el antifaz.

Testimonio perentorio de ese desfile procesional que tan lejos sigue hallándose de la estación de penitencia. En una cofradía de nazarenos los hermanos y las hermanas se visten de nazarenos. Todos son iguales bajo el signo de la fraternidad. Si el único criterio para conformar la nómina es la antigüedad, ¿qué sentido tiene discriminar y distinguir entre hombres y mujeres? ¿Ha de impedir el sexo que un hermano o una hermana acompañen a uno u otro titular? ¿Ha de motivar una cuestión biológica que la estación de penitencia de un nazareno quede relegada a un plano subsidiario por una cuestión que apela a un oscuro pasado en el que las mujeres no podían pertenecer a la cofradía y vestían la mantilla como mero signo de acompañamiento y respeto?

Cualquier hermano, independientemente de su sexo, habría de poder ocupar dentro de la estación de penitencia aquel espacio que sus años dentro de la hermandad le permitan. ¿Qué sentido tiene que un hermano, hombre o mujer, no pueda procesionar delante de su paso de palio por el hecho de vestirse de nazareno? Que el género constituya un elemento discriminatorio, aunque se haga desde una óptica positiva, no hace sino visibilizar la categorización social que todavía hoy persiste en algunas hermandades y cofradías. Esos algunos y algunas, ¿aceptarían que, por ser hombre o mujer, votaran en urnas distintas?, ¿que hubiera juntas de gobierno segregadas? ¡Como si Cristo no hubiera anunciado por igual, a hombres y mujeres, la palabra del evangelio!

La Iglesia es mujer, ya lo dijo el personaje ficticio de Silvio Orlando en *The young Pope*. ¿Por qué debemos nosotros contribuir a que la mujer se segregue discrecionalmente en nuestras hermandades? Y por muy granadina que sea esa tradición, que cada cual piense en qué favor le hace a la mies.



OFA



EL TERCER GOLPE DE MARTILLO

Uno de los prodigios con los que cuenta la Semana Santa de Andalucía es ver y disfrutar cómo los pasos se portan gracias al esfuerzo y sacrificio de quienes se ponen bajo el palo desnudo de la trabajadera. Un oficio que en Granada se consolida tras cincuenta años de historia. Una labor que, progresivamente, la ciudad perfecciona a pesar de las muchas dificultades que el callejero ofrece: grandes desniveles, calles empedradas, cables que cruzan de un edificio a otro y hasta el árbol sin podar.

Avatares del ayer y del hoy, en los que se trabaja todos los años... pero que siguen estando ahí perennes para seguir dando que hablar también un año tras otro. Y como no podía ser de otra forma, en este 2023 no faltó un poco de todo. Mas nada de ello terminó por ser un impedimento flagrante para ver y conocer cómo el oficio se consolida, cómo el trabajo se perfecciona año a año, estación a estación, relevo a relevo, 'chicotá' a 'chicotá'.

Han sido muchos y grandes los instantes que se han recogido esta Semana Santa en torno a los sesenta pasos que se han puesto en la calle de Ramos a Pascua, desde la Borriquilla a Regina Mundi, última cofradía en realizar el recorrido oficial. De todos y cada uno de ellos cabría destacar y mencionar trabajos para el recuerdo, tal y como se afana en realizar con gran cariño la membresía de la Tertulia El Tomate.



Como parte de este extenso catálogo, quepa destacar tan solo un puñado de ‘chicotás’, siendo conscientes de que atrás quedan muchas otras que igualmente hubieran requerido de tener su particular mención dentro de la crónica. Y, entre ellas, aquella que protagonizó la Hermandad de la Borriquilla en la salida de San Andrés, por ser de entre todas la primera.

También aquella que llevó al público a aplaudir con entusiasmo en la Carrera Oficial cuando irrumpió el paso de misterio de la Hermandad del Huerto a los sones de la Banda de Jesús Despojado. La que ofrecieron los pupilos de García-Almagro bajo el Señor de las Tres Caídas, también en Ganivet, cruzándola en un solo trabajo, al igual que hicieron también los hombres de Agustín Ortega con el Cristo de la Expiración.

Mención requiere también la ‘chicotá’ de Nuestro Padre Jesús del Perdón a los sones de *Eucaristía* cuando, realizada la variación de la placeta de San Juan de la Cruz, enfrontilaba los primeros metros de la calle San Matías, a la altura del que fuera convento de San Francisco, hoy sede del Mando de Adiestramiento y Doctrina.

Como tampoco le fue a la zaga el paso de Nuestro Padre Jesús de la Pasión en ese incontestable trabajo que les llevó a afrontar la cuesta de San Antonio, echando los kilos arriba, desde que abandonaron la Acera de San Ildefonso hasta llegar a los pies de la muralla que se abre ante los Cármenes de Rolando.

En andar de los pasos de palio volvió a constituir también un espacio privilegiado dentro del andar costalero de la Semana Santa de Granada de 2023. Destacó, muy especialmente, la nueva dirección alcanzada por la Hermandad de la Concepción, que consiguió una mecida mucho más comedida y elegante, lo mismo que el paso de palio de la Virgen del Amor y del Trabajo.

Por su parte, también cupo destacar cómo, más suelto y con garbo, fue el andar de la Virgen de la Encarnación, acorde a las características de la hermandad. Justo lo contrario que caracterizó el trabajo de la Virgen de la Caridad, el cual, a pesar de llevar un selecto repertorio musical, anduvo justo de alma. Exactamente igual que el paso de palio de la Virgen del Mayor Dolor, sin apenas transmisión en el movimiento de las bambalinas.

La Semana Santa de Granada tiene, igualmente, aparejadas dificultosas salidas. La estrechez de las puertas determina el tamaño de nuestros pasos y las maniobras con las que afrontar el tamaño de los arcos y dinteles ofrecen momentos de singular tensión durante el ejercicio de estas maniobras. No hubo que lamentar grandes incidentes, aunque sí especialmente compleja resultó este año la salida del paso de palio de la



Virgen del Rosario: a pesar del gran conocimiento y magisterio de capataces y costaleros, se resistió el arco carpanel de Santo Domingo. Aunque no impidió ello el lucimiento de la cuadrilla en un Miércoles Santo soñado.

Los excesos cometidos, que tantos retrasos generaron en algunas jornadas, fueron también una desventaja para las cuadrillas: algunas se enfriaron, entre parón y parón, y costó arrancar, tal y como han testimoniado algunos costaleros. Asimismo, las 'levantás' y 'chicotás' tan cortas, después de haber comprimido la cofradía hasta el extremo y obligarlas a echar de nuevo el paso a tierra, hicieron también que los kilos cayeran con una dureza sobrevenida. No ayudó en todo esto el calor: los cuellos parecieron resentirse más de lo habitual, especialmente en aquellos que, 'jartibles', tienen más de una hoja de relevos a lo largo de la semana.





LA IMAGEN DE LA DEVOCIÓN

Siempre se tiende a hablar en esta Semana Santa nuestra de las deudas que tenemos contraídas con otras semanas santas. Sin muchas veces caer en la cuenta de las cosas que nuestra Semana Santa es capaz de aportar al resto y distinguirse sobre todas ellas. No es una cuestión de comparación, tan solo de calibrar y valorar el nivel del ejercicio que se acomete dentro de las cofradías.

Entre esos campos en los que destaca Granada es en el de la presentación de las imágenes. Las vestimentas, el arte efímero de presentar con decoro y artística plasticidad telas y encajes para desarrollar el potencial estético que reside en los rostros de cada una de las imágenes titulares de las cofradías. Un trabajo que desarrolla un puñado de autores que, poco a poco, resaltan en el panorama regional y nacional con nombre propio.

De su labor y oficio se pudo dar cuenta a lo largo de toda la Semana Santa, destacando el trabajo realizado por Francisco Garví al frente de la Virgen de la Victoria, Nuestra Madre y Señora de la Consolación o la Soledad de San Jerónimo, amén de la Virgen de las Penas, que sobresalió por el clasicismo de su tocado. Por su parte, Javier Núñez —el último de los grandes vestidores en saltar a la palestra— dio dimensión de su técnica por medio,



RGM



entre otras, de la Virgen de la Encarnación, que se distinguió por medio de un tocado clásico a tablas con una suerte de tela brocada.

Jorge Heredia también sobresalió con el trabajo realizado en la Virgen de la Aurora, disponiéndola con mantilla a modo de blonda, y con la Virgen de los Reyes, para la que procuró recuperar la estética granadina del caretín, con encaje y pico. También Álvaro Abril destacó con la presentación de las imágenes del Rosario, Caridad, Luz y Triunfo, dando testimonio del nivel y oficio que tiene, así como su capacidad de adaptarse a los requisitos estéticos de cada una de las imágenes.

Igualmente, destacó en este 2023 la presentación de los titulares cristológicos por medio de túnicas bordadas. Se consolida la tendencia y el lucimiento del rico patrimonio textil del que gozan algunas de nuestras cofradías. Quiso la Hermandad del Rescate enmendar el desaguisado del año anterior y presentar al eccehomo con túnica bordada. La Hermandad de la Esperanza regaló una imagen digna de ser reseñada, con la talla del Señor del Gran Poder bordada con motivo del vigésimo quinto aniversario de su bendición. Y también lucieron prendas enriquecidas de realce el Señor de la Borriquilla, el de la Amargura, el Nazareno, Tres Caídas y Nuestro Padre Jesús de la Pasión.

También destacó, por la novedad, la presentación del Señor del Descendimiento, que apareció recubierto con un tonelete de tela, superponiéndose al que tiene la imagen, en talla. Una imagen sobre la que, quizá, habría que trabajar con más detenimiento...





A MODO DE CONTEO: ¿EL TAMAÑO VERDADERAMENTE IMPORTA?

A pie de acera, en los principales medios de comunicación y aun en la Federación de Cofradías se ha dado cuenta de cómo la Semana Santa de Granada de 2023 vino marcada, entre otros muchos factores, por un incremento progresivo de los cortejos; de los hermanos en fila, vistiendo la túnica nazarena especialmente, y también mujeres luciéndose con la mantilla. Quizá cabría venir a considerar este como uno de los grandes titulares a rescatar de lo acontecido desde Ramos a Pascua.

Una realidad que, como habrá ocasión de apuntar, pone un listón muy alto al volumen y dimensión participativa de la Semana Santa. Que permite llevar a considerar que el progresivo arraigo de la cultura nazarena germina, lenta pero firme, dentro de los granadinos. Y aunque no es lugar este para entrar en honduras, deberíamos poner sobre la mesa si muchos de estos nazarenos son el resultado demográfico de una primera generación cofrade, sólida y madura, como la que se empezó a gestar desde la segunda mitad de los setenta. Una descendencia que se suma a esos babyboomers cofrades para participar, en familia, de la realidad de sus respectivas hermandades.

Por las estadísticas oficiales que ha ofrecido la Real Federación —sumadas a esas otras que, sin tener ese rango, también han ayudado a calibrar el volumen y dimensión



de las cofradías en la calle, como el conteo realizado por Nieves Jiménez o Francisco Villanueva—, la primera lectura que cabe realizar es un incremento categórico respecto a la Semana Santa de 2022. Algo que, por otra parte, y sin minusvalorar el hito, era de esperar. Ya que despojados de las restricciones, superados los recelos y temeridades de una parte de la ciudadanía a los contagios por covid-19, se ha producido un respaldo mayoritario por parte de la membresía de las hermandades.

Compromiso y costumbre, de un lado; ganas de vivir desde dentro la Semana Santa, de otro; e ilusión por formar parte de ese proyecto común que se hilvana en un cortejo. A lo que se le suma también el interés externo, meramente estético y comercial, de querer formar parte de una hermandad que, en la calle, da una dimensión de grandilocuencia, de verdadera referencia dentro del día en el que procesiona y, por extensión, de toda la semana mayor. Pero no cabe obviar una reflexión que vino a apuntar un hermano mayor, Víctor Alarcón, de la Hermandad de la Aurora: «No solo hay que mirar al cielo, hay algo más».

Y, efectivamente. La presencia de una hermandad en la vida de los fieles, de sus hermanos, no es la circunscripción a un día concreto, puntual, del año. Es el fruto de un trabajo callado y sostenido, prolongando a lo largo de todo el ejercicio, capaz de ofertar a los hermanos una propuesta real de actividades de tipo cultural, cultural, formativo y asistencial. Una programación mediante la cual ilusionar, motivar e implicar a los hermanos en el día a día de las cosas, haciéndolos sentir parte de un proyecto transversal y aglutinador del que todos forman parte.

Así, parece haberse hecho sentir esa necesidad de participar de la cultura de vestirse de nazareno. Un hábito que todavía ofrece reticencias, que encuentra diferentes obstáculos y que requiere de una progresiva concienciación entre todos los estados de la sociedad. De ahí que haya hermandades que hayan empezado a realizar talleres y escuelas en las que abonar esa semilla que más temprano que tarde habrá de florecer. Mientras, ya hay quienes han incorporado tramos juveniles de nazarenos, y quienes en una suerte de hibridación, revisten con sotana y sobrepelliz a los menores de edad esperando a que, por generación espontánea, estos jóvenes adolescentes decidan algún día taparse la cara con el antifaz. Menos es nada, desde luego, pero quizá vaya siendo la hora de apostar definitivamente por vestir, desde el más pequeño al más grande, la túnica de nazareno.

La presencia de la mantilla, cierto es, limita el ascenso del número de capirotos. Esta prenda, exclusiva para las mujeres, es habitual y frecuente en las cofradías desde mediados del siglo XX y consolida su presencia en la mayoría de los cortejos año a año. Sin embargo,



su participación, a pesar de su representativo número, impide conformar esa ensoñada imagen de una larga cofradía, poblada de antifaces nazarenos, componiendo cuantiosos tramos.

Sea como fuere, la cantidad de participantes en las estaciones de penitencia de 2023 ha sido la más numerosa de cuantas se tienen constancia. Cierto es que la Federación de Cofradías, como ha sido habitual siempre que se ha hecho recuento, no ha facilitado cifras oficiales, si bien las declaraciones públicas realizadas sugieren que los registros baten cualquier marca anterior. De un tiempo a esta parte, han surgido también en redes sociales determinados perfiles, algunos con nombres y apellidos y otros ocultos tras un seudónimo, que se han atrevido a publicar sus particulares números con los que hacer balance de los cortejos en la Semana Santa de 2023. A este respecto, cabe mencionar el sobresaliente trabajo realizado por algunos de ellos, como Francisco de Paula Miguel Villanueva Ortiz, quien generosamente se ha brindado a compartir su tarea para una mejor dilucidación y comparativa:

	2017	2018	2019	2022	2023
DOMINGO DE RAMOS	774	751	881	716	837
LUNES SANTO	830	897	1023	923	1180
MARTES SANTO	597	647	761	761	856
MIÉRCOLES SANTO	863	958	1025	939	1171
JUEVES SANTO	823	927	927	902	1156
VIERNES SANTO	632	674	763	709	833
SÁBADO SANTO	196	191	191	222	233
DOMINGO DE RESURRECCIÓN	196	222	223	197	217
CIFRAS TOTALES	4940	5267	5724	5369	6483

El pormenorizado estudio y análisis de Villanueva Ortiz, con más de 22 hojas en las que desglosan los datos y cifras, arrojan datos del máximo interés para conocer la evolución progresiva de la Semana Santa, así como la dimensión que ha alcanzado la del presente ejercicio. Haciendo usos de estos mismos datos, con el consentimiento del autor, y aun sin contar con un carácter oficial, vamos a pasar a considerar aquellos cortejos que más han crecido en datos absolutos, en número de nazarenos y en número de camareras; para luego dar cuenta de aquellos cortejos más amplios y aquellos en los que más han sobresalido los nazarenos y también las camareras.



CORTEJOS QUE MÁS HAN CRECIDO EN 2023					
HERMANDAD	TOTAL 2022	NAZARENOS 2023	CAMARERAS 2023	TOTAL 2023	CRECIMIENTO (%)
GITANOS	195	82	205	287	47.2
ESTRELLA	166	114	129	243	46.4
FERROVIARIOS	107	87	64	151	41.0
HUERTO	170	152	85	237	39.4
TRABAJO	228	148	169	317	39.0
CONCEPCIÓN	156	124	110	252	37.2
BORRIQUILLA	195	142	110	252	29.2
LANZADA	140	106	70	176	25.7
SOLEDAD S.J.	89	75	36	111	24.7
CAUTIVO	87	50	56	106	21.8

CORTEJOS QUE MÁS CRECEN EN NAZARENOS			
HERMANDAD	NAZARENOS 2022	NAZARENOS 2023	CRECIMIENTO (%)
FERROVIARIOS	57	87	52.6
GITANOS	56	82	46.4
TRABAJO	103	148	43.7
CONCEPCIÓN	91	124	36.3
HUERTO	112	152	35.7

CORTEJOS QUE MÁS CRECEN EN CAMARERAS			
HERMANDAD	NAZARENOS 2022	NAZARENOS 2023	CRECIMIENTO (%)
ESTRELLA	81	129	59.3
GITANOS	139	205	47.5
ESTUDIANTES	34	50	47.0
HUERTO	58	85	46.6
SOLEDAD S. JERÓNIMO	25	36	44.0



CORTEJOS CON MAYOR PARTICIPACIÓN				
HERMANDAD	NAZARENOS	CAMARERAS	TOTAL	CRECIMIENTO (%)
AURORA	159	239	398	21.3
ROSARIO	193	169	362	20.3
ESPERANZA	195	164	359	9.0
FAVORES	166	171	337	13.0
TRABAJO	148	169	317	39.0

CORTEJOS CON MAYOR NÚMERO DE NAZARENOS		
HERMANDAD	NAZARENOS	CRECIMIENTO (%)
SAN AGUSTÍN	225	21.0
RESCATE	209	19.2
ESPERANZA	195	5.4
ROSARIO	193	8.4
FAVORES	166	9.2

CORTEJOS CON MAYOR NÚMERO DE CAMARERAS		
HERMANDAD	CAMARERAS	CRECIMIENTO (%)
AURORA	239	35.0
GITANOS	205	47.5
FAVORES	171	17.0
ROSARIO	169	37.4
TRABAJO	169	35.2

El conteo, en términos generales, tiene diferentes utilidades. La primera y más inmediata es la del engrimiento. Satisfacer una suerte de complejo freudiano sobre los tamaños y comparar y rivalizar qué cofradía da una talla mayor que otra. Una parte, esta, cargada de soberbias y envidias, que nada tiene que ver con el carisma cristiano. Pero qué le vamos a hacer, a pesar de todo somos humanos, y que estemos llamados a la santidad no quiere decir que todos los seamos...

La segunda lectura que se hace estriba en la consideración y delineación de una verdadera imagen, objetiva y ponderada, de la dimensión que alcanza una cofradía en la calle, y todo aun cuando en estas cifras no se computan ni costaleros, ni capataces, ni monaguillos ni el tío del carrito. En cualquier caso, es la pasarela de reivindicación sociológica del fenómeno cofrade —y sus seis mil quinientas personas en fila de domingo a domingo— ante la administración y las instituciones.





Otra perspectiva que de aquí se desliga viene dada en una clave de carácter interno, asociada a cuestiones de tipo logístico y organizativo. La dimensión de los cortejos, e incluso el conteo por parte de la Federación de Cofradías, ha venido determinado por las reclamaciones que algunas cofradías hacen sobre su tiempo de paso en la Carrera Oficial: el tiempo con el que cuentan para transitar desde el palquillo federativo hasta que salen de la catedral debe quedar determinado no solo por el número de pasos, sino también por la cantidad de cirios que componen un cortejo. Cuestión, por otro lado, relativa: ¿es tan importante el tamaño de la cofradía como su gestión y la agilidad en el tránsito? La sosegada respuesta quizá permita explicar el porqué de los retrasos acumulados en determinadas jornadas.

Sea como fuere, esto ha animado un debate interno cuanto menos particular. El progresivo aumento de participantes en las diferentes estaciones de penitencia debería, incluso, replantear la actual estructura de la Carrera Oficial, aumentando su longitud e incluyendo así más palcos con los que atender a la demanda existente, con una larga lista de espera que nunca termina por resolverse. ¿Hacen falta, de verdad, más palcos cuando la mitad de ellos se encuentran vacíos al paso de las cofradías? ¿Realmente, y viendo la crisis demográfica que se nos sobreviene, es viable una Carrera Oficial más grande que comprometa la imagen y el llenazo actual? ¿Es de verdad un problema el espacio que se da a las cofradías para transitar más, incluso, que la gestión que se hace de ese espacio? ¿Los tapones y embotellamientos que tienen lugar son consecuencia de la actual Carrera Oficial o del ordenamiento encorsetado que existe de los días y su concentración/saturación por barrios?

Todas esas cuestiones, doy fe, se han formulado en público y en privado desde que terminó la Semana Santa. En medios de comunicación, en redes sociales y en foros de barra de bar y casa de hermandad. A veces también es bueno escuchar qué se dice antes de tomar, precipitadamente, según qué opciones.



LIG



LA SEMANA SANTA ESCRITA SOBRE UN PENTAGRAMA

La Semana Santa se vive y disfruta con los cinco sentidos. Ya que todo cuanto la envuelve está hecho para apelar directamente a la parte sensible del ser humano, a esa raíz emocional y sensorial que despierta pasiones, que conmueve al espíritu y anima al corazón por medio de la belleza y la piedad.

De todas esas experiencias que se viven al hilo de una cofradía, descuella con naturaleza propia el sentido del oído, asociado a los sonidos y la música que regala cada instante de una estación de penitencia. En el murmullo impaciente del público, en el cerrojazo de la puerta, en la campana echada al vuelo, en las palmas, en los vivos, en el racheo, en la voz del martillo, en el golpe de la bambalina contra el varal, en el crujido de la madera de la canastilla.

Esa sinfonía que se adorna y armoniza con la presencia de todas las formaciones musicales que acompañan tras los pasos, como las bandas de cornetas y tambores, agrupaciones musicales y bandas de palio; y aun delante, en el caso las capillas musicales y corales. Formaciones que, un año más, volvieron a destacar por su solvencia y capacidad, adquiriendo un nivel pujante que sitúa a Granada como una ciudad de referencia dentro del espacio musical cofrade.



Este 2023 ha sido, sin lugar a dudas, el año de la Banda de Jesús Despojado. En su trigésimo aniversario, la formación de Fígares ha destacado por el sonido compacto y el clasicismo al que han retornado, reconciliándose con lo mejor de sí mismos. La formación decana, en cuanto a cornetas y tambores, sobresalió en todas y cada una de las estaciones de penitencia de las que formó parte, lo que a su vez la situó como una de las bandas más recurrentes de cuantas han sonado en esta Semana Santa.

No menor reconocimiento se debe a la Banda de Nuestro Padre Jesús del Gran Poder, quien volvió a rayar con niveles de excelencia en todas aquellas ocasiones en que tuvo la oportunidad de demostrar su oficio y talento, muy especialmente tras su titular, así como poniéndole música al andar del Cristo de las Tres Caídas.

Los músicos de María Santísima de la Estrella volvieron a destacar con su nivel, desde la Borriquilla hasta Resurrección. Si bien se nota que la sangre tira: la simbiosis que existe entre ellos y los costaleros de Pasión es tan natural como armónica, dándolo todo en la tarde-noche (y hasta madrugada) del Jueves y Viernes Santo.

Importante trabajo están haciendo también desde el Dulce Nombre de Jesús, quien, poco a poco, recupera su esplendor. Dejando atrás las rearmonizaciones, la formación pareció volver a las partituras originales, echando mano tanto de los grandes clásicos como de las marchas de nueva generación que deleitan el oído de los melómanos cofrades. El ayer y el hoy, juntos de la mano.

En cuanto a bandas de música destacaron, un año más, la Asociación Musical San Isidro, de Armilla, que se consolida como una formación de referencia en cuanto a cantidad y calidad tras Maravillas, Amargura, Soledad, Penas, Aurora y Mayor Dolor. Continúa, en esta senda, la Asociación Músico-Cultural San Sebastián, de Padul, quien sorprendió por su enorme versatilidad y capacidad de adaptación a todos los registros que puede ofrecer un repertorio: desde las marchas fúnebres y más solemnes, como las que se oyeron tras la Concha, la Soledad de Santa Paula y la Merced, al cascabeleo y corneteo que exige la cruceta de María Santísima de la Caridad. Formidable.

Quepa destacar, también, el trabajo que realizan las capillas musicales. Aunque consideradas como una formación casi subsidiaria, son aquellas que aportan la música callada de las hermandades de silencio. Buen trabajo, como siempre, el de la Hermandad del Cristo de San Agustín, apostando por los clásicos del género; y encomiable, por supuesto, el trabajo del trío de cañas Áglæ, que continúa buscando nuevos registros dentro de las posibilidades que ofrecen los instrumentos, con un repertorio novedoso y



selecto para la Hermandad del Santo Vía Crucis. Y sorprendente fue ver a San Sebastián, de Padul, tocando las Saetillas del Silencio ante el paso de la Concepción en Catedral: apuesta arriesgada que ganó la hermandad con todas las de la ley.

Fue también esta la Semana Santa de los nuevos proyectos musicales, que poco a poco van consolidándose y alcanzando el nivel que de ellas se espera: de un lado, la Agrupación Musical Nuestro Padre Jesús del Rescate, que realizó una extraordinaria labor detrás del Señor de la Magdalena; del otro, las bandas de cornetas y tambores María Santísima de la Victoria y Santísimo Cristo de la Expiración, cuyo trabajo en esta semana mayor habló por sí solo. Se empiezan a recoger los frutos del trabajo, el sacrificio, el esfuerzo y la constancia.

No menos reconocimiento requieren otras formaciones como aquellas que, viniendo de fuera, se consolidan dentro de nuestra Semana Santa. Es el caso de Campo de Criptana, tras el misterio de Sentencia y el paso del Cristo de la Redención. Marcialidad, potencia y repertorio empiezan a hacer de esta formación un baluarte ya indispensable del Domingo de Ramos y del Jueves Santo. Lo mismo que ocurre con la banda del Viso del Alcor, la cual, tras tantos años tocando detrás del paso de palio de la Virgen de la Esperanza, constituye una unión casi indisoluble.

La Semana Santa de 2023 volvió a evidenciar, sin embargo, algunas otras cuestiones del máximo interés. De un lado, cómo progresivamente se consolida el estilo musical tanto de las bandas como de las propias hermandades, perfilando repertorios cada vez más sólidos y compactos, con una búsqueda progresiva de marchas de calidad y llenas de cromatismo, el cual se obtiene también gracias al virtuosismo que alcanzan muchas de nuestras formaciones. Todo ello a la vez que, debido a la sobreproducción musical que existe y a la búsqueda de un patrimonio musical propio, se incluyen cada vez piezas nuevas que no forman parte ni de la conciencia ni del oído musical del cofrade. Elemento que, en Granada, causa ciertas distorsiones y hasta aburrimiento al no conocer la gente qué es lo que suena y no poder reconstruir en su fuero interno la melodía que se interpreta.

En cualquier caso, hay que encomiar el trabajo realizado por las diferentes formaciones que pueblan y nutren el espectro musical cofrade de Granada. En la mayoría de las ocasiones sin los medios necesarios, se consiguen grandes proezas. Todo a la vez que empiezan a trabajar en su propia imagen y presencia dentro de las redes sociales, esforzándose por llegar a todos los públicos mediante sus novedades, repertorios y crucetas



JMG



Las plegarias cantadas. Las oraciones hechas cante. El género de la saeta fue otro de los campos abonados en esta Semana Santa de 2023. Pareció cultivarse este tipo de piezas como ningún otro año se ha realizado. De un lado, con aquellas que, metidas con calzador, cantaron los ganadores de la Saeta de Oro desde diferentes balcones. Del otro aquellas que, indubitadamente, quisieron satisfacer necesidades artísticas personales más que realmente ofrecer una sincera muestra de devoción salmodiada al paso de una cofradía.

Fue el año del homenaje a los Morente, como se dio debida cuenta con la Virgen de la Amargura. Además, uno de los suyos, Kiki Morente, también se arrancó con una saeta —aunque no con la melodía y ni palos habituales— a las plantas de la Virgen del Rosario: con todas las cámaras y micrófonos atentos a recoger este momento, en el que se cantó: «Madre mía del Rosario, bendita eres. / ¡Qué guapa y hermosa. / La reina de los mares. / En tu mirada puedo encontrar / la ternura de una madre, / porque delante lo llevas, / al mejor de los 'nacíos'. / Madre mía del Rosario, / 'toíta' Granada te espera. / La salve te cantaremos / tus hijos del Realejo. / ¡Vámonos al cielo con ella!».

Noelia Membrilla fue otra de las grandes protagonistas de esta Semana Santa, con grandes saetas a Jesús Nazareno o a la Virgen de las Penas, improvisada a pie de acera. Fue también de gran interés aquella que, en Pasiegas, se cantó al Cristo de la Expiración, o incluso la que Iván Centenillo cantó, emulando a Manolo Cuevas, en la recogida del paso de palio de la Virgen de la Caridad.

A *performance* sonó, en cambio, aquella que se regaló en los Hospitalicos al paso de la Virgen de la Esperanza; o la que Cristian Delgado interpretó con una guitarra al frente de la Virgen de los Remedios. En Semana Santa, la discreción es un plus. La tradición también lo es. Y la capacidad de cantar *a capella* y dentro de los registros propios, que suenen a saeta honda y de verdad, mucho más. Para todo lo demás, están los escenarios.







JVR



EL HABER Y EL DEBE DE LA SEMANA SANTA

La autocomplacencia no es una tónica ni una dinámica habitual entre los cofrades. Menos aún si estos son granadinos. Y, quizá por esto, la Semana Santa de Granada ha llegado a la dimensión y nivel que ha alcanzado en los últimos veinte años: por su capacidad de crítica, de reflexión y análisis.

Es verdad, dicho sea de paso, que esta acendrada crítica a veces no se ha realizado con una actitud constructiva, capaz de buscar la excelencia y los puntos de mejora. Al contrario, se ha pretendido deliberadamente hurgar en la herida, defenestrar a personas y hermandades y lacerarlas hasta dejarlas prácticamente trituradas. Y en esto, el que esté libre de pecado que tire la primera piedra.

En un sano ejercicio de reflexión, es oportuno lanzar también, para no caer en ese empalagoso campanilismo en el que algunos concurren, una mirada sobre aquellos aspectos que son un punto fuerte para nosotros como comunidad y también aquellos que pueden seguir siendo un obstáculo en nuestro camino de progreso y consolidación social y espiritual. Es decir, el haber y el debe de la Semana Santa. Sin pretender hacer con exhaustividad lo que ahora llaman un DAFO, un estudio en el que examinar Debilidades, Amenazas, Fortalezas y Oportunidades, sí cabe al menos destacar varios elementos en los que debemos seguir profundizando.



JMG



LA BÚSQUEDA DE LA EXCELENCIA

En un proceso totalmente científico y empírico, a base de ensayo y error, algunas hermandades han caído en la cuenta de lo importante que es saber gestionar su dinero y su patrimonio. Y cómo, generalmente, lo barato no es amigo de lo bueno. Desde hace mucho, y aunque esto siga sin señalarse convenientemente, las hermandades constituyen a día de hoy el principal agente de promoción artística de cuantos existen en Andalucía, alimentando un mercado de artistas y artesanos totalmente apabullante.

En este sentido, la Semana Santa de Granada ha contribuido especialmente. La renovación artística y estética que ha experimentado salta a la vista. La presentación de los pasos y los cortejos ha ganado en todos los sentidos gracias al compromiso económico que han adquirido las cofradías, buscando la excelencia, perfeccionando con auténticas piezas de valor patrimonial su puesta en la calle. Sin lugar a duda, aquí se halla uno de los puntos de mérito indudable de nuestra semana grande.

Así, la Hermandad de la Borriquilla ponía en la calle unas nuevas cartelas, obra de Encarnación Hurtado, del mayor mérito, representando a la parroquia de San Andrés y al crucificado de la Salud. La Hermandad de la Santa Cena participaba de este



MCR



enriquecimiento con la primera fase de los respiraderos, totalmente tallados, ganando en esa imagen definitiva del paso de misterio.

Gran trabajo el de la Hermandad del Huerto, que empieza a concluir las piezas de orfebrería del paso de la Virgen de la Amargura. Doce varales, salidos del taller de Alberto Quirós, que completarán la transformación de esta verdadera «máquina de la belleza». Por su parte, la Hermandad del Cristo de San Agustín contribuía al patrimonio textil con un nuevo tonelete para el Sagrado Protector, con bordados antiguos sobre un nuevo terciopelo.

Las potencias de oro y la túnica bordada del Señor del Gran Poder conformaban parte de los estrenos que realizaba la hermandad con motivo del XXV aniversario de la bendición del nazareno. Sin embargo, la lluvia de 2022 frustró la tentativa de su estreno en la calle. En esta ocasión hubo oportunidad de disfrutar de estas dos magníficas piezas que vienen a engrandecer el patrimonio de esta corporación del Martes Santo.

A raíz de esa necesidad de buscar nuevos horizontes, capaces de adaptarse a las exigencias de la Semana Santa actual, la Hermandad de la Paciencia afronta nuevos retos patrimoniales. ¿Será esta una de las últimas salidas con el paso procesional que ahora vemos salido del buril y el cincel de los hermanos Moreno? Mientras despejamos esta incógnita, la hermandad afrontará la renovación de las andas, según diseño de Ignacio Fernández-Aragón Sánchez. Tesitura, como decíamos, que también envuelve y determina el sino de la Hermandad de Regina Mundi respecto del paso de misterio: un trabajo inspirado en el barroco centroeuropeo de manos de Martínez Hurtado.

El guión de juventud, en terciopelo caldera, y la renovación de las cartelas del paso de Cristo han sido las aportaciones de este año de la Hermandad de la Concepción a las artes plásticas y suntuarias. Al igual que la Hermandad de la Estrella, culminado el dorado del paso de Nuestro Padre Jesús de Pasión, con la materialización de una parte de su proyecto iconográfico: dos reyes del Antiguo Testamento, tallados y enriquecidos por Alberto Fernández Barrilao.

Queda mucho por hacer, pero todo cuanto se empieza a acometer se mantiene bajo ese signo del reconocimiento, el mérito artístico y la perdurabilidad patrimonial. Queda atrás esa necesidad de salir del paso, de cubrir el expediente. Poco, pero bueno, antes que mucho y mediocre.





LOS AGENTES DE LA LEY

Coordinar un puñado de calles atestadas de gente, con la imprevisibilidad que ofrece la masa y compatibilizando el disfrute de ver cofradías con la vida ordinaria de la ciudad no es tarea fácil. Que se lo pregunten a los cuerpos y fuerzas de seguridad, que se lo pregunten a quien coordina la logística a través del Plan Parihuela.

Es un trabajo duro y arduo que se inicia mucho antes de que tenga lugar la Semana Santa, e incluso la Cuaresma. Es la necesidad de garantizar la seguridad y el bienestar de todos, pero también procurar el desarrollo de la vida cofrade como agente ya no solo espiritual, sino también como producto de carácter cultural y turístico, cada vez más dinámico y enriquecedor dentro del panorama andaluz.

Manejar esos volúmenes de gente, dispersa por tantas partes de la ciudad de forma simultánea, compaginando el tránsito y discurrir de los cortejos con el colapso de puntos de confluencia de grandes arterias urbanas, así como puntos estratégicos de evacuación, no siempre es fácil de casar. De ahí que los intereses del viandante, del espectador y del policía de turno no sean siempre fáciles de articular. Hay quienes están hasta la coronilla de hermandades, pero no les toca más que aguantar porque para eso les pagan. Pero



también está la capacidad profesional de obrar, aun sin que te guste, sabiendo poner el mejor de tus talentos para la causa y el bien común.

Se intenta, se intenta. No cabe duda. Pero no siempre se consigue.

Los pasillos que jalonan puntos específicos del recorrido oficial no terminan de funcionar exactamente bien. No sabríamos explicar por qué. Se abre el paso de la gente e inundan y arrollan a los cortejos, provocan cortes y echan por tierra el trabajo de organización de la cofradía en la calle. Otras veces, la falta de disciplina del ciudadano medio, que se cuele y se encara, hace más difícil todavía gestionar estos espacios.

Quizá un mejor funcionamiento pasaría por saber cómo trasladar con antelación las medidas a llevar a término. Explicar cómo y cuándo se cortan los accesos a la Carrera del Darro: el Domingo de Ramos nadie sabía por qué estaban bloqueados el puente de Cabrera y los sucesivos que comunican la Churra con la Carrera; ni tampoco nadie sabía cómo acceder para ver al Silencio desde Plaza Nueva en dirección al templo, creando un tapón mayúsculo que no hacía sino ofrecer inseguridades a quienes allí estaban, que no sabían qué estaba pasando, por qué había allí policía dispersando al personal. En gran medida será por la falta de costumbre.

La educación. El presidente de la Federación de Cofradías, Armando Ortiz, ha expresado en múltiples ocasiones —y también hicieron lo propio quienes le precedieron en el cargo— la necesidad de un mayor compromiso por parte de la ciudadanía respecto de la Semana Santa. Y lo hacía señalando que es mucho el trabajo que se realiza, el esfuerzo humano y también económico por sacar adelante una cofradía. Que hacer posible lo que se ve de Ramos a Pascua no es echar a freír un huevo. Que detrás de todo ello hay miles de horas y cientos de personas trabajando porque todo marche sobre ruedas.

No le falta razón. Y los cofrades, aquellos que viven y sienten la Semana Santa, lo expresan con igual ardor. Y defienden este mismo aserto: que la Semana Santa da más de lo que recibe. Y se quejan de que Granada no responde a la llamada de las hermandades, y que los vecinos de los barrios no se implican, y que los comercios no apoyan. Y así una larga lista de demandas. E insisto, que en nada de ello yerran.

Sin embargo, cuesta a veces estar cargado de razones para esgrimir tales aseveraciones. Muy especialmente, cuando se acude a la Carrera Oficial. Cuando al paso de las cofradías, se parlotea y se lían los guirigáis que habitualmente se escuchan: cuando se aplaude a destiempo o cuando parece no tenerse mucha noción de qué hace uno allí exactamente.



La educación cofrade, antes que para la ciudad, habría que reclamarse primero para quienes a sí mismos se intitulan como tales. Y no necesariamente todos quienes acuden a ver cofradías tienen por qué tener un conocimiento en grado sumo del *Libro jamás escrito de la Semana Santa* ni estar licenciado *cum laude* en Ciencias Cofrades. Habrá quien, de repente, se encuentre allí: porque pasaba de largo y se detuvo a olisquear lo que pasaba; porque, tirando de costumbre, se acercó a ver la cofradía de su barrio; porque no tenía nada mejor que hacer y se echó a la calle a ver capirotos y pasos moverse con bandas detrás.

Pero hay algo mucho más elemental que todo eso. La educación, el saber estar. Esa cualidad que se aprende y se modela desde pequeño. La que te lleva a saber cuándo cerrar la boquita, no vociferar como si estuvieras despachando pescado, no sobresalir vulgarmente con comentarios y exabruptos. El que te lleva a estar expectante, a mirar, a estar atento, a aprender de los escenarios y no a estar de pícnic como dominguero echado en la ribera del Dílar.

Detrás de lo que vemos en Semana Santa hay mucho trabajo. Muchas horas de dedicación, de esfuerzo. Ignorar y obviar esto es un perjuicio para todos aquellos agentes que intervienen en la configuración de una estación de penitencia. A nadie se obliga a estar atento y ser sensible con todo aquello que ocurre y acontece; pero desdeñar ese trabajo estando a por uvas, desubicados y pasar como elefante por una cacharrería, determina la identidad de los sujetos.

Cuando se inoportuna al nazareno en su cometido, cuando se cuchichea como si el que estuviera debajo del antifaz no tuviera ojos para ver ni oídos para escuchar. Cuando se torpedea al músico, cruzando o empujando para querer pasar, no callándose ni debajo del agua mientras suena la marcha. Cuando se echa por tierra el trabajo de todos aplaudiendo a destiempo.

Deberes pendientes sin fecha de entrega. Evaluación continua. Materia, pendiente para septiembre.





MI, ME, CONMIGO

Lo que debería determinar a una hermandad es un clima y un ambiente de confraternidad. Del latín *cum* y *fratres*: es decir, como hermanos. Una experiencia social, vital y espiritual basada en la tolerancia, el respeto, la convivencia, el entendimiento y la pluralidad. Y más allá del tópico, y de lo que mucha gente pueda llegar a pensar, esto existe realmente. Hay quienes, de verdad, viven con una actitud de servicio y compromiso hacia los demás, llevando por bandera el espíritu de entendimiento y de colegialidad.

Se ve en los abrazos sinceros de los hermanos. En las tertulias que se improvisan cuando te encuentras con uno u otro hermano. Cuando terminan los cultos y compartes junto con ellos un refrigerio. En el abrazo sincero, en la palabra de afecto, en el mensaje oportuno de cariño cuando más falta hace.

Pero no nos engañemos. En la Semana Santa también se vive justo lo contrario de lo que debería ser una hermandad. Nos acusan de fariseos por predicar una cosa y hacer la contraria. Pero aquí el que esté libre de pecado que tire la primera piedra, y busque la viga en el ojo propio antes de buscar nada en el ojo ajeno. Aunque esto es una caja que no toca ahora abrir, sino mirar lo que ocurrió en esta semana de pasión.





Y todo esto viene a colación de algo sencillo: el ombliguismo, el personalismo, el yoísmo del que se revisten muchos cofrades. Encantados de conocerse, henchidos por el número de antigüedad. Deseosos por hacerse notar. Porque yo he hecho. Porque yo he trabajado. Porque yo he dicho. Porque yo. Porque yo. Porque yo. ¡Uf...!

Esa expresión, que se traduce en la visión personalista de un proyecto común, y por la cual pasa de convertir a la hermandad de un foro plural a una extensión del descansillo de su casa. La necesidad de alcanzar en la hermandad una serie de metas y objetivos que no ha sido capaz de lograr en el resto de sus facetas vitales. La necesidad de vivir sus anhelos, deseos y recuerdos de juventud —después de haber voluntariamente desertado durante tanto— por medio de la cofradía.

Y así pasan las cosas que pasan. Que lo que naturalmente se había consensuado y aceptado por todos, convirtiéndose en costumbre, ahora pasa a ser proscrito en virtud del mando en plaza. No lo había hecho él (o ella). No lo había decidido ella (o él). O simplemente, no se avienen (elles) al imperativo del relevo generacional.

De todo ello se da cuenta de puertas hacia adentro, porque siempre —o, al menos, así debería ser— los trapos sucios se lavan en casa. Pero, de repente, eso se deja notar fuera, en la presencia de la cofradía en la calle. Cuando, de repente y porque sí, cambian las cosas sin motivo aparente. La vestimenta, la flor, el repertorio de la banda. Y hasta el estilo de la hermandad. Porque el que se había venido consolidando en las últimas décadas no responde a las expectativas del ego, a las concepciones individuales del proyecto fraternal de la hermandad.





ALFA Y OMEGA

La Semana Santa de Granada dio para esto y para mucho más. Treinta y dos historias vividas desde cada una de las almas que fueron testigos de aquello cuanto tuvo lugar. Voces, miradas y percepciones plurales de las cuales se ha pretendido aquí dar cuenta, recogiendo sus testimonios indirectamente, haciéndonos eco de músicos, costaleros, capataces, nazarenos...

En el cordón de la medalla, aorta de nuestro ser cofrade, bombea la sangre de aquello que nos mueve y nos eriza el vello. Lo que nos gusta y lo que nos duele. Una sangre que, siendo tan igual, es tan diferente. Y esta no es la única verdad, ni mucho menos. Ni esta es la única crónica posible que cupiera hacer de la Semana Santa de 2023. Cada cual ya ha hecho la suya, oral y escrita, dejando memoria de lo que ocurrió. De esta que ahora leen, solo cabe pedir perdón y misericordia, por el error y por la omisión.

No hay más verdad que la nace de la Palabra. No hay más imagen que la que, prendida en una cruz, acabó llameando en el pabito del cirio pascual. El resto, huera letras llamadas a pasar y perderse en el tiempo. Porque solo hay un alfa y solo una omega. Un principio y un final que nace y se extiende en los siglos y la historia. Por encima, incluso, de lo que pasa de Palmas a Pascua: ahí está solo un pequeño bocado, hecho conforme a las posibilidades de los hombres, de cuanta verdad hay sobre nosotros.







OFA

Creceamos contigo

METRO DE GRANADA, CERCA DE TI



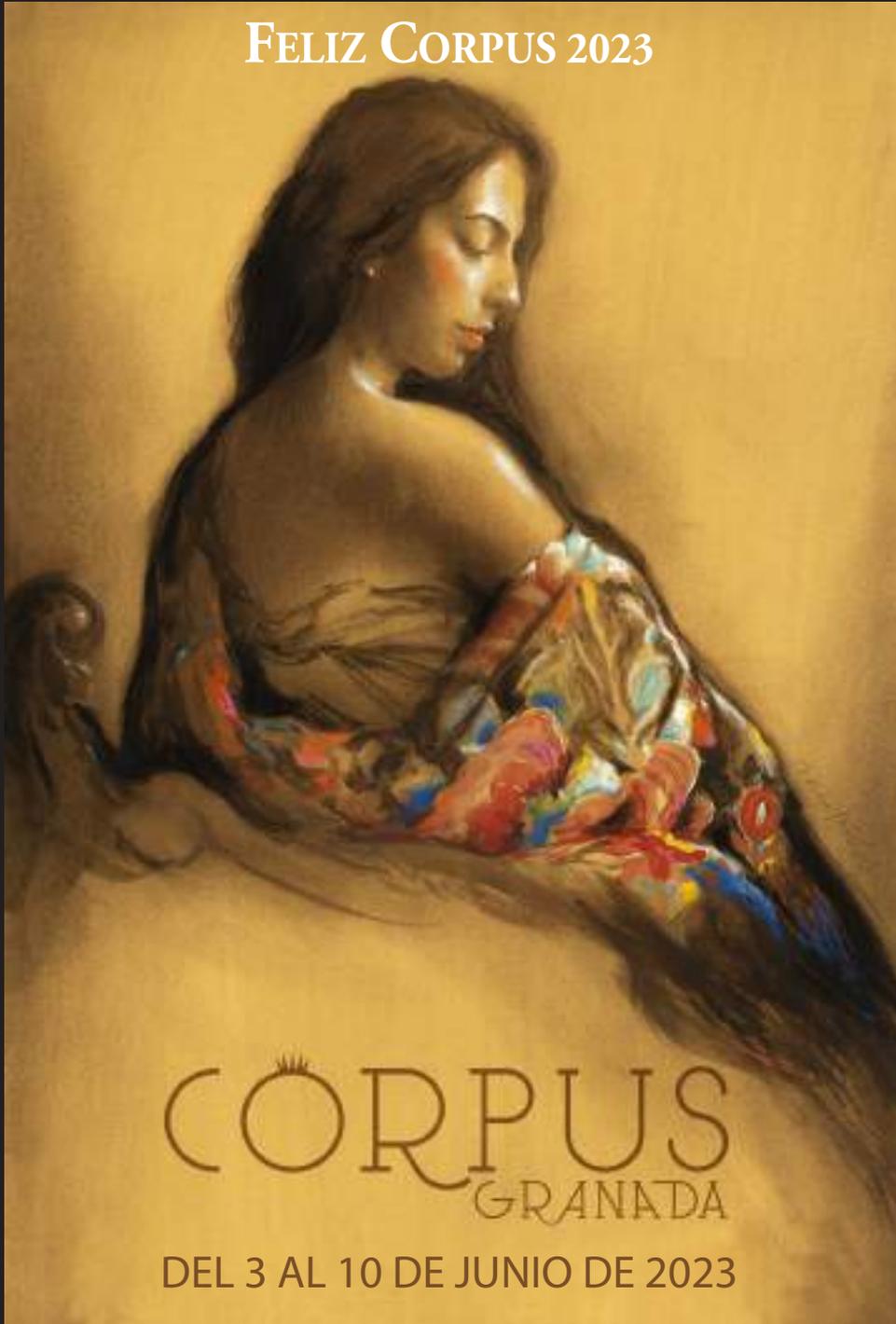
Metropolitano
de Granada



Junta de Andalucía

AYUNTAMIENTO DE GRANADA

FELIZ CORPUS 2023



CORPUS
GRANADA

DEL 3 AL 10 DE JUNIO DE 2023